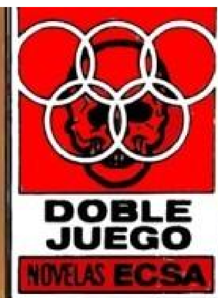
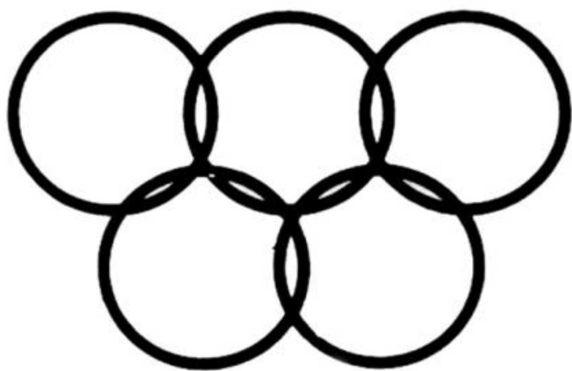


POKER DE ASES

Lucky Marty



COLECCION
DOBLE
JUEGO

ECSA

LUCKY MARTY

POKER DE ASES

Colección
DOBLE JUEGO n.º 39
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 35,170-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición, diciembre. 1982
2.ª edición en América: junio. 1983

Esta edición es propiedad
de EDICIONES CERES. S.
A.
Agramunt. 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

Nadie sabe de lo que es capaz, hasta que lo intenta.

SIRO

CAPÍTULO PRIMERO

La canosa cabeza del viejo Bianchi asomó por la puerta del establo. Desde allí miró hacia el fondo, y con su vozarrón cuajado de puro acento siciliano, llamó:

—¡Randi!

El joven que ordeñaba las vacas respondió:

—Estoy aquí, abuelo: junto a «Sophia».

—A ver si terminas, rapaz. ¡Se hace tarde!

Las fuertes pero hábiles manos de Randi Bianchi aceleraron la manipulación en las ubres de la paciente vaca hasta que llenó y espumeante el recipiente, fue a verterlo en otro mayor. La operación la realizó varias veces hasta que, terminado el ordeño matinal, dos calderos de metal, de unos treinta litros cada uno, quedaron bien cerrados y a su vez transportados al exterior.

Allí, el joven siciliano los cargó sobre la parte posterior de una vieja y pesada bicicleta acondicionada con un soporte para transportar la lechosa carga, sujetó bien los dos calderos con unas correas, él mismo montó en la bici y se alejó del caserío pedaleando.

* * *

En las escabrosas montañas de Sicilia, el tiempo parece haberse detenido.

Por aquellos agrestes parajes muy raramente circulan coches y, solo últimamente, algún que otro pudiente campesino dispone de pequeñas furgonetas o viejos camiones, con los que transportan el producto de sus cosechas a las poblaciones más importantes de la isla.

Pero eso sí, a falta de caballos o mulas que ya empiezan a escasear, los jóvenes suelen utilizar, así que las heredan de sus abuelos, de padres, o consiguen ahorrar para comprarse una, pesadas y vetustas bicicletas para trasladarse mejor y más rápido de un pueblo al otro.

Por supuesto, no son bicicletas modernas, ligeras y de poco peso, y mucho menos de competición: ese lujo se lo pueden permitir muy pocos. Generalmente, las bicicletas de los campesinos o montañeses sicilianos suelen ser viejos artefactos de dos ruedas, montados con hierros pesados —pero muy resistentes—, con pedales enormes, indiscutiblemente sin ningún cambio de marcha en sus piñones, frenos no muy seguros y que sin temor a exagerar se las podría llamar «bicicletas antediluvianas».

No se debe decírselo a ellos, pero así son en realidad.

No es que no les gusten los modernos modelos, tan ligeros y vistosos, de airosas líneas y construidos con aleaciones de metales que apenas pesan. Quizás estas bicis no resistirían sus pedregosos caminos y carreteras sin asfaltar, además de estar la cuestión económica.

Por eso reparan y vuelven a reparar una y otra vez las suyas, soldando aquí, pegando allá, reponiendo alguna que otra pieza de otra más que ya resulta prácticamente inservible, de la que aprovecharán hasta el último tornillo, pedal o llanta, que a su vez tendrá ya un sinfín de parches.

Y el joven Randi Bianchi aprovechaba su antediluviana bici —heredada de su abuelo—, para repartir diariamente la leche por los pequeños pueblecitos y caseríos montañosos del colosal Etna.

Cuando alcanzaba el último, Taormina Alta, podía decirse que, presionando sobre los dos pedales, había logrado elevarse sobre el nivel del mar a 2.780 metros.

Y eso no sobre una asfaltada y cuidada carretera, sino sobre tortuosos caminos pedregosos, sobre un suelo pizarroso volcánico, con piedras desprendidas, baches y altibajos constantes, con recodos y curvas absurdamente cerradas, a veces con caprichosos descensos casi verticales y por lo que se podría calificar, también sin temor a la exageración, camino de cabras.

Como tantas otras veces cumpliendo su tarea diaria. Randi Bianchi pedaleaba sobre el macizo montañoso del Etna, sudando copiosamente su joven cuerpo de atleta que, sin un solo átomo de grasa, se esforzaba por llegar al último punto donde repartiría los últimos litros de leche.

Solo a finales del año, cuando los montañeses vendieran a su vez sus productos al abuelo Bianchi, le pagarían el terrible esfuerzo de

su nieto durante los trescientos sesenta y cinco días dejados atrás.

Pero Randi no se quejaba. Se sentía joven y fuerte, lleno de vitalidad y energía y su acomodaticio temperamento le permitía no echar en falta lo que nunca había conocido. Le gustaba vivir en sus montañas sicilianas con sus abuelos. Jamás le abrumaba el trabajo y si alguien le hubiese preguntado habría respondido que se sentía contento y feliz.

¿Por qué no?

* * *

Conducido por una bella mujer rubia que dejaba flotar al viento sus sedosos y bien cuidados cabellos, un soberbio y potente deportivo descapotable Maserati con muchos caballos en su motor, pero que aullaba como un gato montés al ascender por la pronunciada subida, seguía al famoso ciclista profesional Eugeni Vitale que se había trasladado a aquellas montañas para su entrenamiento.

Rey de la Montaña en los dos últimos *Giros* de Italia, en el *Tour* de Francia y aun en las Vueltas a España y Portugal, por el momento Eugeni Vitale no tenía rival en cuanto a la escalada. Ahí estaba su espléndido palmares para acreditarlo: tres veces vencedor en la clásica Milán-Florencia, una en la Milán-Turín-San Remo, vencedor en la vuelta a Suiza, segundo puesto en la vuelta a Bélgica y también un primer puesto en Luxemburgo.

Se decía, y los aficionados a la estadística lo podían comprobar, que Eugeni Vitale había superado en cuanto a triunfos conseguidos en los tres últimos años, a los legendarios, Bartali, Coppi e incluso el fenómeno belga Eddy Merckx.

Durante la ascensión de cualquier puerto de montaña sus demarrajes y escapadas estaban llenas de fuerza, coraje y vigor, y resultaba muy difícil que, si Eugeni Vitale estaba en buena forma y lo quería él así, ningún otro escalador pudiera seguir a su rueda.

Alto, delgado, muy espigado, con pocas carnes pero con músculos y nervios de acero. Eugeni Vitale era la viva imagen del ciclista profesional que sabe sacrificarse hasta el límite humano y lo entregaba todo en las carreras que participaba. Jamás se rendía al desaliento o la desesperanza, a la desgracia o clasificaciones y,

cuando menos lo esperaban sus rivales hacia un esfuerzo más, daba el «do de pecho» como él mismo decía, y se plantaba el primero en la cumbre, ganando los puestos perdidos en la clasificación de la Montaña y aun en la general.

Las cronistas deportivos —sobre todo los italianos— estaban encantados con aquel auténtico deportista que tantos triunfos y tanta gloria aportaba para el ciclismo de su país.

El nombre de Eugeni Vitale sonaba mucho en el mundo del pedal y podía asegurarse que, en cuanto a cotización, no había otro que cobrase los fijos que él.

Consecuentemente, Eugeni Vitale había conseguido las metas soñadas: gloria, fama, dinero, fortuna…

Toda Italia conocía el curtido rostro de aquel hombre de unos treinta años y sonrisa un tanto forzada, cuando las cámaras le habían captado en pleno esfuerzo, bañado en sudor, coronando tal o cual montaña, llegando a la cima con los brazos alzados, o bien cuando recibía el consabido ramo de flores y los besos de las guapas de turno, tras haber llegado a la meta el primero.

Sí, podía decirse que Eugeni Vitale era uno de esos pocos seres privilegiados, para los que la existencia estaba plagada de triunfos, dinero y celebridad.

Una popularidad que él mismo fomentaba mostrándose en todo momento afable y simpático, asequible en las entrevistas, en la concesión de autógrafos, en sus frecuentes apariciones en la televisión, y aun figurando en los *spots* publicitarios en los que recomendaba lo mismo una crema de afeitar que vigorizaba tonificando su rostro, o bien asegurando que él prefería los electrodomésticos *Sanvenero*, que era la firma que patrocinaba al equipo de ciclistas profesionales, de los cuales era el capitán indiscutible.

Consciente de aquella posición, que había sabido ganarse con su propio esfuerzo, Eugeni Vitale jamás descuidaba su forma física. El triunfo no se le había subido a la cabeza y sabía que, o se cuidaba y se entrenaba duramente cuando no tenía competiciones oficiales, o cuando tenía que formar parte de ellas no podría pedirle a su cuerpo que rindiese al máximo.

Se ha dicho muchas veces —y es verdad— que el ciclismo es el deporte más duro que existe. El más sacrificado, el que más exige,

en el que más fuerza de voluntad se tiene que emplear y en el que, también, más energía se consume, se gasta.

Incluso más que en el boxeo, la lucha libre americana, el atletismo o cualquier otro que puede existir.

No hay comparación posible con los justamente llamados «los esforzados de la ruta». Cuando se tienen que recorrer —y a grandes velocidades—, doscientos, trescientos y aún más kilómetros en las etapas diarias, músculos, corazón y cerebro tienen que estar bien a punto, perfectamente sincronizados para soportar el máximo esfuerzo.

Pero ni aun esto basta; también es necesario poseer una enorme capacidad de sacrificio. Una voluntad férrea capaz de soportar, impávido, el frío y el calor, la lluvia y el viento, el granizo o la niebla, la cinta interminable de la carretera, el llano, el repecho, la montaña y aun el riesgo —que muchas veces puede ser mortal— de lanzarse a «tumba abierta» en los descensos vertiginosos.

Cuando se rueda metido en el «paquete» central, rodeado de rivales que pugnan una y otra vez por controlar la carrera para que el jefe de su equipo pueda saltar con más facilidad en el momento preciso, el riesgo de las caídas es constante.

Caídas en cadena porque no hay tiempo ni espacio para rectificar, para apartarse, para esquivar al que va delante o a los costados, creándose lo que puede ser una hecatombe.

Rasguños, heridas, huesos rotos, clavículas fracturadas, conmociones cerebrales, todo puede ocurrir.

Basta que un torpe o un malintencionado lo provoque —ocurre con excesiva frecuencia— para que todos caigan en confuso montón de hombres y máquinas que entonces se convierten en vez de aliadas, en hierros enemigos, punzantes que pueden rasgar y mutilar la carne, el rostro, los brazos, las piernas…

Y aun si eso ocurre hay que seguir.

Es preciso levantarse velozmente y sin reparar en el dolor o la herida, recuperar la bicicleta y volver a montar en ella para continuar pedaleando, para esforzarse en conectar con los que marchan en cabeza que, sin duda alguna, a su vez intentarán aprovechar la caída colectiva para derrapar con fuerza e intentar la escapada que, muchas veces, se convierte en la definitiva que les llevará a ser los primeros en la meta de la etapa.

¡Y a sumar puntos!

¡A sumar bonificaciones de tiempo!

A situarse en la clasificación general.

A veces, con harta frecuencia, en la caída se habrá torcido una rueda que velozmente es preciso cambiar. O desechar totalmente esa bici averiada y pedir a gritos que el entrenador de tu equipo se acerque y te ofrezca otra. O mientras sigues esforzándote, sangrando, sufriendo, apretando los dientes para soportar el dolor, esperar que el médico se acerque en su coche y en marcha, desde el mismo y sin dejar tú de pedalear, esperar que te aplique el «agua milagrosa», te vende como pueda la herida del codo o te inyecte como si fueras una res que debe resistir hasta llegar al matadero.

No hagas todas esas cosas y durarás poco en el equipo. Tus compañeros no confiarán en ti, te llamarán «blando» o algo peor y el «patrón», de acuerdo con los informes del entrenador, ya no contará para otra carrera contigo.

Y después de eso, ¿qué?

¿Quién le contrata a uno? ¿Qué otra marca comercial puede interesarse por él? ¿Qué porvenir le queda?

Ya se puede colgar la bicicleta.

Cuando uno forma parte de un equipo y no es en él más destacado, el que más triunfos puede ofrecer a sus patrocinadores que ponen su dinero, tiene que olvidarse de sí mismo y pensar, en todo momento, que solo es parte integrante de ese equipo de hombres que lucen una publicidad en sus camisetas. Por ese nombre, por esa marca, se tiene que partir uno las piernas, el corazón y los riñones, para estar siempre dispuesto a «arropar» al mejor situado del equipo.

Se le tendrá que librar del viento, permitirle que siga la estela, hacer «abanicos» en la carretera, crear falsas intentonas de escapada para «reventar», desfondar y «domar» a los rivales más temidos en la ruta. Tendrá a veces que «taponarles» y aunque lo haga deportivamente y dentro de las reglas establecidas, eso exigirá mucho esfuerzo, mucho apretar los dientes, mucho «fajarse» en la carretera, mucho tener los codos listos y nunca ceder en los empujones, sean o no intencionados.

Siendo solo un peón de brega en el equipo, se tendrá que estar dispuesto, en todo momento, a salir del pelotón como una flecha y

lanzarse en pos de los escapados, «frenarles» en todo lo que se pueda, no tomar el relevo si no va el propio líder en ese grupo y si va, seguir reventándose por él hasta lograr situarle en los que disputarán el *sprint* final de la etapa.

El líder del propio equipo, o el mejor situado en la clasificación general en un momento determinado de la carrera, subirá sonriente al *podium* de los triunfadores a recibir las aclamaciones y los aplausos, en unión del ramo de flores y el trofeo, así como los besos de las guapas muchachas y las entrevistas de los periodistas. Si es buena persona, si es un amigo o simplemente todo un deportista, se acordará y mencionará que ahora está allí gracias a los esfuerzos y a la sacrificada colaboración de los «servidores».

Si no es así, estos tienen que resignarse y, mientras recuperan el aliento, mientras secan el sudor, seguir soñando que algún día les permitirán que ganen una etapa para que, ¡al fin! sea otro el famoso, el celebrado, el que aparezca en primera página de los periódicos y así, poco a poco, ir ganando fama.

Ganar fama es ganar dinero…

Ganar dinero es gozar de bienestar. ¡Sentirse triunfador!

Y si como dicen la vida es lucha, en el ciclismo profesional ganar fama y dinero es haber tenido que triunfar en muchas, ¡muchísimas! pequeñas y grandes batallas en la carretera…

CAPÍTULO II

Siempre siguiendo al ciclista que entrenaba, la rubia que conducía el Maserati jaleó:

—¡Arriba, Eugeni! Vas bien de tiempo... ¡Sigue, cariño, sigue!

Jadeante, sudoroso, dejando caer todo su peso alternativamente en uno u otro pedal, procurando mantener el ritmo en las empinadas escaladas, Eugeni Vitale medio ladeó la cabeza hacia atrás.

Nada dijo, pero en aquellos instantes de supremo esfuerzo, odiaba a la bonita Maddalena Rossi; de no seguirle el deportivo descapotable que conducía la mujer, habría bajado de la bicicleta para descansar unos instantes y recuperar el aliento.

¡No podía más!

Las piernas le pesaban una tonelada y los nervios se le empezaban a agarrotar en los muslos y pantorrillas. Era un entrenamiento necesario que él mismo había elegido; pero ahora lo seguía por su pundonor masculino al no quererse rendir ante ella.

—¡Sigue, amor! ¡Arriba, arriba! —continuaba animándole ella.

Qué cómodo resultaba pedir eso, sentada tras el volante del soberbio Maserati que, pese a la potencia de su motor, roncaba en aquella ascensión.

En sus años de profesión, aunque cuajados de triunfos. Eugeni Vitale había comprobado que generalmente la gente suele ser injusta con los ciclistas profesionales. Les animan, les piden, les exigen siempre más y más, porque no pueden llegar a darse cabal cuenta del tremendo esfuerzo que realizan, muchas veces hasta la extenuación del ser humano que, a fuerza de pedalear sobre un frágil vehículo de dos ruedas, se va dejando el aliento y la vida.

Echando una fugaz ojeada al velocímetro del Maserati la mujer comprobó que el ritmo de la ascensión del ciclista decrecía y nuevamente animosa, volvió a jalear:

—¡No te frenes, amor...! ¡Sigue, sigue! ¡Arriba. Eugeni!

¡Maldita sea! ¿Y de dónde sacaba las fuerzas él para seguir escalando al mismo ritmo aquella endiablada montaña?

Decididamente. Eugeni Vitale pensó que no debió haber permitido que le acompañase ella en aquel entrenamiento.

¡Le estaba atosigando!

Una vez más ladeó la cabeza y la vio cómoda y tranquilamente sentada tras el volante del poderoso vehículo, sin tener que realizar más que el mínimo esfuerzo de mantener su pie sobre el acelerador, o cambiar de vez en cuando de marcha.

Así, él era capaz de escalar el mismo Everest del Himalaya.

Pero que bajase del deportivo y ocupase su puesto y sabría lo que era bueno...

De pronto, para mayor congoja y desaliento, en una de las veces que Eugeni Vitale giró el rostro sudoroso y contraído por el esfuerzo para mirar a la mujer, vio surgir detrás del Maserati a otro ciclista que también, a fuerza de pedales, ascendía por la montaña.

Primero pensó que se trataba de otro profesional que también se entrenaba por allí. Pero cuando le vio mejor, al empezar a superar al coche que conducía Maddalena Rossi, distinguió en aquel ciclista las ropas y los rasgos característicos de un aldeano siciliano.

Un típico montañés, pero que ascendía hasta la cresta del Etna con la facilidad del que pedalea sobre una cómoda carretera asfaltada en el llano.

Eugeni Vitale no quiso dar crédito a sus asombrados ojos cuando le vio superar el coche, en cuatro pedaladas llegar a su altura y aun empezar a adelantarle, al tiempo que aquel fornido mocetón le sonreía saludándole, la voz tranquila y sin ningún jadeo:

—Buenos días.

Casi sin aliento, el ciclista profesional apenas consiguió un leve movimiento de cabeza para corresponder al saludo.

Eugeni Vitale apretó los dientes, se aferró con más firmeza al manillar y en su intento por mantener el ritmo de ascensión de aquel montañés siciliano, una vez más alternativamente dejaba caer todo el peso de su cuerpo sobre uno y otro pedal, sin dejar de observar con asombro que él no tenía que levantarse y no se despegaba del sillín.

¡Aquello sí que era asombroso!

Y lo era doblemente porque, además, al irle rebasando pudo ver que en la parte posterior de aquella vieja y pesada bicicleta dos pesados calderos de hierro reposaban sobre el soporte instalado

para transportarlos.

Eugeni Vitale no dejó de calcular que los dos calderos bien podrían equivaler al peso de una persona: posiblemente de unos cincuenta a sesenta kilos si iban llenos.

¿Y cómo era posible que aquel mocetón los transportase en su vieja y pesada bicicleta con tanta facilidad?

Para más fastidio, la voz de Maddalena Rossi volvió a animar desde el coche:

—¡Arriba, amor! ¡No dejes que te adelante ese palurdo!

«¿Ah, sí? —se dijo mentalmente el ciclista profesional—. ¿Y cómo evitarlo?».

Bien sabía él, por los años de experiencia, cómo se evitaban aquellas cosas. En los Pirineos franceses, en los Alpes suizos, en las montañas de Luxemburgo, de España y en todas las de Italia, él había demostrado que Eugeni Vitale era el mejor escalador. De poder a poder, sin ninguna clase de trucos y tan solo utilizando las portentosas facultades y fortaleza de sus piernas, siempre había dejado atrás a todos sus oponentes.

Pero ahora...

¿Qué diablos le pasaba ahora? ¿Es que no estaba en plena forma, o era que aquel fornido mocetón resultaba un auténtico fenómeno?

¡Aquello no podía ser!

Eugeni Vitale sintió vergüenza de sí mismo. Su reconocido pundonor, puesto de manifiesto tantas veces, el que siempre le había permitido superar las dificultades y vencer a tantos rivales, en aquella insólita ocasión no le servía de nada.

Apenas le permitía mantener el incansable ritmo del pedaleo de su improvisado contrincante.

Resultaba inútil todo su coraje, todas las reservas de energía que puso a contribución. Incluso su depurada técnica de consumado escalador no le permitían mantenerse a la par que aquel endiablado montañés siciliano.

¡Estaba perdiendo terreno!

En cada pedaleo le adelantaba unos centímetros. Ya le veía la ancha espalda y los dos pesados calderos, bien sujetos con correas al soporte de hierro.

Como en sus mejores momentos, Eugeni Vitale se dijo que, o le

adelantaba, o dejaba la vida en el empeño. Ya no le importaba que aquello no fuese una competición, excelentemente pagada con arreglo a lo que él solía cobrar. Ni tenía en cuenta que, excepto ella. Maddalena Rossi, nadie les veía ni aplaudida: se olvidó de todo excepto de su orgullo personal y con redoblado esfuerzo, se aplicó a la lucha.

Como Maddalena había dicho: aquel palurdo no le dejaría atrás...

Consiguió ponerse a la par del otro ciclista y hasta, en un momento dado, vio con satisfacción que su rueda delantera le rebasaba unos centímetros.

De seguir así, de vaciarse sobre la bici por completo, le daría una buena lección al mocetón montañés.

Seguro que aquel muchachote lo ignoraba. Pero él era Eugeni Vitale y tenía que demostrarlo, dejarlo muy claro.

¡Pues no faltaría más, caray!

Pero entonces ocurrió algo realmente insólito. Algo que Eugeni Vitale no podría olvidar en toda su vida y que, al mismo tiempo de dejarle completamente atónito, le hundió definitivamente aquella mañana.

Vio cómo el montañés siciliano alzaba uno de sus brazos y lo agitaba en plan de saludo, mientras sus poderosas piernas aceleraban el infernal pedaleo y su voz alegre se despedía:

—Bueno, tengo un poco deprisa. ¡Hasta la vista!

Así de sencillo: tenía un poco deprisa y le adelantaba.

Desde el coche la mujer rubia anunció:

—¡Que se te escapa, Eugeni! ¡Que se te escapa!

Con todo el dolor de su corazón ya lo veía.

Le veía cada vez alejarse más montaña arriba, con todo el coraje, rabia, desesperación, vergüenza e impotencia.

Al ciclista profesional le abandonaron las fuerzas, sus piernas se aflojaron, su jadeo se acentuó, su rostro contraído por el esfuerzo lo sintió húmedo, aunque no supo en aquellos instantes de derrota si era por el copioso sudor o por las lágrimas.

Al fin, el endiablado montañés siciliano desapareció en un recodo del empinado camino y Eugeni Vitale dejó de pedalear, rendido, hundido en su fracaso.

El Maserati también frenó y empezando a bajar del vehículo la

mujer rubia preguntó:

—¿Quién es, Eugeni?

Empezando a recobrar el aliento, sentado junto a su caída bicicleta, el Rey de la Montaña musitó:

—No lo sé... Pero por su forma de pedalear... ¡Diría que el mismo Diablo!

CAPÍTULO III

Mimosa, inclinándose sobre el hombre derrotado, Maddalena Rossi se interesó:

—¿Estás bien, cariño?

También piadoso con él mismo, Eugeni Vitale mintió:

—No, nenita... Creo que he sufrido un calambre en la pierna.

Ella empezó a palparle la pantorrilla desnuda, la rodilla, el muslo:

—¿Aquí...? ¿O aquí? ¿Te duele en esta parte, amor?

—No, déjame ya se me pasa.

—¿Quieres que te dé masaje?

—No, no, déjalo. ¡Te he dicho que ya me pasa!

—No me grites ni pagues conmigo que no hayas podido adelantarle.

—¡No te grito!

—Lo estás haciendo.

—Está bien; perdona. Mad... ¡Ese palurdo me ha puesto de mal humor!

—¿Y qué importa, si no lo ha visto nadie más que yo?

Eugeni Vitale buscó los grandes ojos de la mujer al replicar, alzando nuevamente la voz:

—No se trata de eso. ¡Es mi propio orgullo! Se entiende que soy el mejor, ¿no?

—Y lo eres, cariño.

—¿Sí? pues ya lo has visto. Con una bici que debe pesar más que un tanque, y encima esos dos calderos de metal atrás... ¡Me ha dejado tirado como una colilla!

—Puede que se trate de otro buen profesional.

—¡Narices! ¿Es que no te has fijado en sus ropas? Es un simple montañés, que va repartiendo litros de leche por todos esos pueblecitos y caseríos.

—Pues sube muy bien —reconoció ella.

—No debe haber hecho otra cosa en toda su vida.

—De todas formas, para vencerte a ti...

—¡No me lo recuerdes!
—Anda, levanta y volvamos al hotel. Estás muy cansado.
—¡No estoy cansado! Es que esta pierna...
—¿Ahora es la otra? —observó la mujer.
—Puedes volver a Catania si quieres. Yo seguiré entrenando.
—Ya hiciste más de setenta kilómetros.
—¡Te he dicho que seguiré!
—Está bien; pero si lo que quieres es volver a intentar dar alcance a ese tipo, lo mejor es que subas también al coche y...
Eugeni Vitale terminó por aceptar, al pedir a la mujer:
—Ayúdame a poner la bici en la parte trasera.
Mientras aplicaban los soportes a la soberbia bicicleta de competición, la rubia Maddalena Rossi quiso concretar:
—¿Seguimos subiendo, o damos la vuelta?
Mientras se ponía un chándal deportivo él decidió:
—¡Subiremos más!
—Confiesa que quieres saber quién es ese muchachote.
—¡Sí, lo confieso! Ese chico puede llegar a ser todo un campeón. ¡Es algo portentoso!
—¿Qué le vas a proponer!
—Que venga con nosotros. Nada más le hable de él a nuestro entrenador... ¡Le contrata!
—Y a lo peor ese palurdo acepta.
—¿Por qué dices «a lo peor»?
—Está bien claro; porque eso te puede perjudicar a ti.
—Mujer... En la vida hay que ser deportista. ¡A mí me gusta reconocer y admitir los valores y las virtudes de los demás!
—Porque en el fondo, eres un romántico.
—¿Y eso te disgusta?
—Al contrario, cariño. ¡Me encanta!
—Pues al volante, Mad. Si ha subido tendrá que bajar, o le encontraremos por ahí.
El poderoso motor del Maserati deportivo siguió roncando, al ascender por la empinada pendiente.

* * *

—¡Para, para! ¡Ahí está!

—¿Dónde?
—¿No ves aquel caserío de la izquierda?
—¡Ah, sí! Viene por esa vereda para salir a la carretera.
—Esto no es ninguna carretera, nenita. ¡Es un camino de cabras!
Cuando el joven montañés llegó ante ellos, tras admirar al moderno y soberbio Maserati deportivo, clavó sus curiosos ojos en la bicicleta transportada en la parte trasera y su saludo fue:
—¡Vaya! ¿No pudo subir hasta aquí en su bici?
—Sí puedo —objetó Eugeni Vitale—. Es que sufrí un calambre.
—¿Un qué?
—Un tirón.
—Debe tener las piernas flojas, amigo.
—Soy Eugeni Vitale.
—Yo me llamo Randi… Randi Bianchi.
—Encantado, Randi… Ella es Maddalena Rossi.
Estaba bien claro que aquellos nombres nada le decían, porque el muchachote se interesó, tras mirar con ojos admirados y golosos a la rubia mujer:
—¿Es… es su novia?
Maddalena Rossi y Eugeni Vitale se miraron con ojos divertidos y ella pareció aceptar:
—Algo así…
—Yo aún no tengo novia —puntualizó Randi.
—¿Vives por aquí?
—Sí, pero muy abajo: en un caserío que se llama Etna Rossa.
—¿Qué llevas en esos calderos de metal?
—Leche: tengo que repartirla todos los días. Pero ahora ya van vacíos.
—Dime, Randi. ¿Sabes quién soy?
—Ya lo dijo, ¿no? Eugeni Vitale.
—¿Pero no te dice nada mi nombre?
Algo perplejo al mirar alternativamente a la mujer y al hombre, contestó con otra pregunta:
—¿Tiene que decirme algo?
—He ganado dos veces el *Giro*.
—¡Ah, sí! ¿Se refiere a la vuelta ciclista a Italia?
—Eso es, Randi. ¿Es que no recibís la prensa por aquí?
—Sí, sí… A veces. Pero yo no tengo mucho tiempo para leer.

Pareció excusarse con leve encogimiento de sus anchos hombros y añadió:

—Y cuando lo hago solo me interesa lo del cine.

—¿Te gustaría ser ciclista profesional?

Otra vez contestó con otra pregunta, en la que se adivinaba tanto la perplejidad, como la sorpresa al exclamar:

—¿A quién? ¿A mí?

—Sí, Randi... ¡Subes muy bien!

—Es natural, ¿no? Lo hago todos los días.

—Dime, muchacho. ¿Cuánto pesa esa vieja bici?

—¡Ah, no lo sé! Nunca la he pesado.

—¿Y esos dos calderos?

—Pues... llenos caben en ellos unos sesenta litros.

Eugeni Vitale buscó los ojos de su compañera y solo acertó a exclamar:

—¡Es asombroso!

—¿Por qué? —quiso saber el joven montañés.

—¿No te lo parece?

—A mí, no.

—Pues lo es, Randi. ¡Lo es! Arrastras sesenta kilos, más tu peso... ¡Y encima sobre ese viejo trasto!

—Sí... Es algo vieja y pesada. Me la regaló mi abuelo.

—¿Te gustaría montar en una como la mía?

—¡Hombre! Qué pregunta... ¡Pero debe costar mucho!

De pronto. Eugeni Vitale se encontró ofreciendo:

—¡Te la regalo!

Los ojos del joven montañés siciliano se achicaron, apareció en sus pupilas grises el recelo del campesino desconfiado cuando habla con la gente de la ciudad y su respuesta fue:

—¿Por qué?

—¿No te gusta, Randi?

—Sí, mucho... Pero no sé por qué tiene que regalarme su bici.

—Llévanos a tu casa y hablaremos.

—¡Uf! Eso no podrá ser, señor Vitale.

—¿Por qué no? —le tocó el turno preguntar al ciclista profesional, algo extrañado.

—A mi abuelo no le gustan los extraños... No se ofendan, pero él dice que la gente de la ciudad no es buena...

Nuevamente pretendió excusarse por sus palabras y añadió:

—Una vez, dos mujeres y un hombre muy elegante nos hicieron una sucia jugada.

—¿Qué pasó? —se interesó Maddalena Rossi.

—Bueno… Llegaron hasta Etna Rossa y mi abuelo les dejó que se instalasen en nuestra casa: su coche sufrió una avería y yo mismo tuve que bajar hasta Catania, para que subieran los mecánicos… Tardaron varios días en subir con sus herramientas, en una furgoneta.

—Sigue, Randi.

—El coche quedó listo aquella tarde, pero mi abuelo les dijo que si lo preferían así, podían seguir durmiendo aquella noche en nuestra casa. Aceptaron pero, al día siguiente, cuando me levanté para ordeñar las vacas… ¡Ya no estaban! ¡Se habían largado, sin pagarnos nada!

—Serían unos bribones —comentó Eugeni Vitale.

—Pues no lo parecían. Vestían muy elegantemente y tenían dinero. Yo lo vi cuando pagaron a los mecánicos. ¡Les dieron una buena propina!

Randi Bianchi sonrió ingenuamente al comentar:

—Las dos mujeres casi eran tan bonitas como usted.

—Eres muy galante. Randi —agradecía Maddalena Rossi.

—Anda, sube —ofreció Eugeni Vitale—. Hay sitio de sobra. También pondremos tu bici detrás y descenderemos hasta tu casa.

—¡Oh, no! No se molesten; prefiero bajar en mi bici.

—Como quieras. Randi: guíanos, muchacho.

CAPÍTULO IV

Alto y fornido, ya con todos los cabellos canosos y sus anchas espaldas curvadas por el peso de los trabajos soportados y los años vividos, el abuelo del joven Randi Bianchi era el típico montañés siciliano lleno de recelos y desconfianzas.

En cuanto se enteró quién era Eugeni Vitale y que pretendía llevarse a su nieto, se cerró en banda y rezongó malhumorado:

—No, no... ¡Mi nieto no saldrá de aquí!

—Pero señor Bianchi... ¿Sabe lo que eso puede representar para Randi?

—Me lo figuro, y por eso no irá.

—¿Qué se figura? —intervino Maddalena Rossi.

Mirándola fijamente con sus maliciosos ojillos sin pestañear, el viejo montañés dijo:

—Jovencita... Usted ya tiene un novio, ¿no? ¿Para qué quiere entonces llevarse a nuestro Randi?

Desconcertada, la muchacha rubia buscó ayuda en los ojos de Eugeni Vitale, quien sonriente se puso a argumentar:

—No ha entendido bien, señor Bianchi: no es ella la que quiere ofrecerle nada a su nieto, sino yo. Creo que Randi tiene unas facultades portentosas para llegar a ser un excelente ciclista profesional y que, con mi ayuda y consejos, haremos de él todo un campeón.

—¿Y para qué quiere que Randi sea campeón?

—Pues... ¡Para que gane mucho dinero! ¡Para que sea famoso! ¡Para...!

—¡Paparruchas! No necesita nada de eso.

La vieja mujerona que trasteaba al fondo, dejó de cocinar, se acercó a su nieto y quedamente le preguntó, con lágrimas en sus cansados ojillos:

—¿Tú quieres dejarnos, mi niño?

El joven Randi besó con ternura aquel rostro arrugado, tomó las dos manos de la anciana y se puso a decir:

—No, abuela... He sido muy feliz con vosotros y no me gustaría

dejaros… Pero si este hombre dice que yo… yo…

—Este hombre deja ahora mismo nuestra casa y en paz —sentenció el anciano—. ¡No debiste traerlos aquí!

—Pero abuelo, yo…

—No se hable más —volvió a atajar, enérgico.

Tanto Eugeni Vitale como Maddalena Rossi comprendieron que no eran muy bien aceptados allí. Por eso se levantaron apartándose de la rústica mesa ante la que habían estado sentados, aunque ofreciendo su tarjeta el ciclista profesional al anunciar:

—Toma, Randi: estamos en el hotel Catania. Si te decides puedes ir a vernos.

—No sé, yo… yo… —volvió a vacilar el muchacho.

—¿Quieres pudrirte en una gorrinera así, y pasar los mejores años de tu vida ordeñando vacas?

—Es que ellos, mis abuelos…

—Ellos han elegido su vida, pero no tienen ningún derecho a elegir la tuya, muchacho. Yo te aseguro que eres muy bueno sobre una bici y que te espera un gran porvenir.

—¿Es cierto que ganaría mucho dinero?

Antes de que Eugeni Vitale pudiera asegurar nada, nuevamente el vozarrón del anciano tronó:

—¡Randi! ¡Saca a esta gentuza de mi casa!

—Pero abuelo…

—¡Sácalos de aquí! Hay trabajo y nos están entreteniendo.

Los tres jóvenes salieron de la casucha de piedra, sin apelación posible. Eugeni Vitale pensó que no tenían por qué seguir soportando los recelos y malos humores de aquel viejo montañés, pero al llegar ante el Maserati volvió a ofrecer:

—Para ti, Randi.

—¡Oh, no, no! No puedo aceptar su bici, señor Vitale.

—Tómalo como un regalo… O como un adelanto de lo que te espera.

—Pero usted se queda sin ella y…

—No te preocupes, hombre: yo corro para la marca *Sanvenero* y dispongo de otras. ¡Acéptala!

—Bien, pero yo… yo no sé si…

Ofreciéndole su mano bien cuidada, de piel sedosa, Maddalena Rossi también se despidió:

—Hasta pronto, Randi... Y no olvides que los viejos son egoístas.

—No diga eso, señorita. Ellos siempre han sido muy buenos conmigo.

—¡Pero si podrás ayudarles más, mandándoles dinero!

—No sé... Estoy muy confuso y yo... yo...

—Conduciré yo, Mad. Tenemos que marcharnos, o ese viejo loco terminará lanzándonos sus perros.

No fue un comentario fuera de lugar, puesto que al fondo, junto a la casucha de piedra, el viejo Bianchi sujetaba por las correas a tres perros que habían empezado a ladrar furiosamente.

El Maserati arrancó y Randi Bianchi quedó allí sujetando su nueva bicicleta: era una hermosa y moderna *Sanvenero* último modelo de competición, como él jamás había soñado que llegaría a tener.

Una especie de sueño, que empezaba a convertirse en realidad...

* * *

Satisfecho y feliz después de haber gozado a la hermosa mujer. Eugeni Vitale saltó de la cama y descalzo, totalmente desnudo, fue en busca del cuarto de baño.

Maddalena Rossi se cubrió con la sábana, pero su compañero anunció diligente:

—Arriba, Mad. ¡Hay que hacer las maletas!

—Hay tiempo, cariño.

—No mucho: calculo que de aquí a Messina hay por lo menos tres horas en coche. Luego tenemos que embarcar y...

—¿Por qué no anulamos esos pasajes y volamos directamente a Roma? Sería mucho más cómodo y rápido.

Ya bajo la ducha, alzando la voz para que ella pudiera oírle, él recordó:

—Olvidas algo, Mad. ¡Tengo que pasar por Nápoles!

—¡Ah, sí! Pero yo que tú no tomaría parte en esa prueba.

—Ya firmé el contrato.

—Mal hecho, Eugeni... El *Criterium* de Nápoles no es de mucha categoría.

Saliendo envuelto en una gran toalla blanca, él volvió a objetar casi con enfado:

—¿Qué no es de categoría? ¡Tú estás loca, Mad! Son trescientos kilómetros en velódromo y allí estarán los mejores.

—A ti te va mejor la carretera, cariño.

—Te he dicho que ya firmé el contrato y no pienso faltar.

—Como quieras, pero…

Maddalena Rossi se interrumpió. El teléfono sonaba sobre la mesita de noche y al descolgar escuchó la voz de la telefonista del hotel Catania que le anunciaba:

—Perdón, señora Vitale, tienen una visita.

—¿Quién es? —se interesó con cierto fastidio en su bello rostro.

—Dice que se llama Randi… Randi Bianchi, señora.

—¡Ah, sí! Espere un momento, por favor.

Tapando el auricular con la otra mano, la mujer rubia que seguía tendida en la revuelta cama anunció a Eugeni Vitale:

—Es tu montañés… Aquel palurdo a quién le regalaste tu bici.

Eugeni Vitale dejó de vestirse al indagar, él sí que vivamente interesado:

—¡Vaya! ¿Ha venido?

—Por lo visto, espera abajo.

—Que suba.

—¡Eugeni! —protestó ella.

—¡Ah, sí! Perdona, nenita. Que le digan que espere. Ahora mismo bajo.

El hotel Catania era de cinco estrellas y la alta y recia figura del joven montañés siciliano con sus burdas ropas de campesino no parecía encajar muy bien allí, en medio de tanto refinamiento y lujo.

Eugeni Vitale le reconoció al instante y nada más bajar y salir del ascensor, caminó hacia él con paso elástico y vivo de deportista, al exclamar con su mano ya extendida:

—Veo que te decidiste, Randi. ¿Cómo estás, amigo?

—Hola, señor Vitale.

—Deja de llamarme «señor». Con Eugeni basta.

Y al instante:

—Pero siéntate, hombre. ¿O prefieres que vayamos al bar y tomar una copa?

—Como usted quiera, pero yo… Yo solo bebo agua… ¡Agua y leche!

—¡Ah, sí! Recuerdo muy bien tus pesadas tinajas de metal. Pero siéntate, hombre… ¿Te dieron al fin permiso tus abuelos?

—No…

—¿Entonces…?

—¡Me he escapado!

Al oírle, ya con menos entusiasmo el ciclista profesional empezó a argumentar:

—Bueno… Eso no creo que esté muy bien hecho, Randi. Yo prometí ayudarte, pero tampoco quiero complicaciones, ¿me entiendes?

—Soy mayor de edad: ya he cumplido los veintidós.

—Perfecto, pero… ¿Discutiste con tus abuelos?

—Habría seguido con ellos si él… mi abuelo…

—Sigue, Randi.

—¡Me destrozó la bicicleta!

—¿Cuál? ¿La mía, la que te regalé?

—Sí… Cogió un hacha y la hizo pedazos.

—Tu abuelo es un bruto.

—Me dijo que no la necesitaba para nada. ¡Que ya tenía la mía!

—Y claro, eso te disgustó.

—¡Mucho! ¡Me dio mucha rabia! Así que pensé que ya no quería seguir con él y me planté aquí…

—¿Y en qué has venido?

—En la mía, con la vieja.

—¡Santa Maddona! Casi desde arriba de todo el Etna en ese viejo trasto hasta aquí…

—Solo he pinchado tres veces.

—Bueno, bueno, chico… Supongo que ya que estás aquí tendré que…

Eugeni Vitale se interrumpió al ver aquella curtida manaza ante él, anunciándole su dueño:

—¡Tengo dinero, Eugeni!

Por encima, Eugeni Vitale calculó que allí no habría más de seis mil o quizá todo lo más diez mil liras. Aquella debía ser toda la fortuna del ilusionado mocetón que tenía ante él, que ahora le buscaba los ojos con sus brillantes pupilas llenas de interrogantes.

Y luego estaba lo de su burda ropa, aquella zamarra de piel de oveja a medio curtir, con unos remendados pantalones de negra

pana y unas enormes botas, mil veces arregladas. La camisa de rayas sin cuello abotonada hasta arriba, tampoco resultaba muy vistosa, lo mismo que la vieja y raída gorra de visera de campesino, que ahora Randi Bianchi estrujaba en sus enormes manos.

—Bueno, Randi... ¿Dónde dejaste tu bici?

—Fuera, contra un árbol. ¿Es que me la pueden quitar?

—No temas... En todo caso, lo haría un caprichoso anticuario.

—También he traído un par de mudas, atadas en la parte trasera.

—Me temo que nada de todo eso te va a servir, Randi.

—¿Por qué no?

Levantándose, el resignado Eugeni Vitale al fin decidió:

—Vamos, sígueme... Arriba te prestaré alguna de mi ropa. ¡Si es que puedes entrar en ella!

—Solo soy un poco más alto que usted.

—Sí, pero también más ancho, más macizo y... Vamos al ascensor.

Cuando Maddalena Rossi vio entrar en la habitación a los dos hombres, a medio vestir, procuró con movimientos veloces cubrir su desnudez y protestó:

—¡Oh, Dios! ¿Por qué has subido a este bruto aquí?

Eugeni Vitale hizo que no la oía y pretendió suavizar la situación al indicar:

—Ya conoces a la señorita Rossi.

—Sí, sí... ¡La recuerdo muy bien!

—Abre ese armario y ponte lo que te guste... ¡O lo que puedas, Randi!

Luego caminó hacia la mujer, la tomó de un brazo y vuelto el rostro hacia el joven continuó, retirándose con ella hacia el cuarto de baño:

—A lo tuyo, chico. Ahora salimos.

Nada más en el cuarto de baño, intentó justificarse al sisear a la irritada mujer:

—Comprende que no podemos llevárnoslo así vestido, Mad.

—¿Pero es que va a venir con nosotros?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer, mujer?

—No hables en plural, rico. ¡Yo no le invité a venir!

—Pero yo sí... ¡Y suelo cumplir mis promesas!

—Todo esto es una tontería, Eugeni. ¡No comprendo tu absurda actitud!

—Un poco de paciencia, Mad. ¡Ese chico vale su peso en oro!

—No estoy tan segura.

—¡Yo sí! Ya le viste escalar aquella montaña... ¡Y me venció!

—¿Es eso lo que sigue preocupándote?

—Mejor di que es lo que sigue interesándome.

—¿Por qué y para qué?

—Haré de él un gran gregario. Con un poco de entrenamiento y una vez le convenza también a August para que le incluya en el equipo, le diré todo lo que tiene que hacer durante las carreras... ¡Y me ayudará mucho a escalar todas las cimas!

—¿Y si te quita el puesto?

—No lo hará; parece un buen muchacho y siempre me estará agradecido. En cuanto toque el primer dinero como profesional... ¡Se sentirá encantado!

—A veces, estos palurdos que parecen tontos y tan dóciles, salen desagradecidos y respondones.

—No te preocupes, Mad. Le ataremos bien corto.

—Pero de momento, se pone tu ropa y hasta tendrás que pagarle el pasaje hasta Nápoles.

—¿Y qué es eso, mujer? Una miseria, comparado con lo que me hará ganar.

—Te lo advierto, Eugeni. Yo le quiero bien lejos de mí.

—¿Pero por qué, mujer? Te digo que es un chico sencillo y noblote.

—Me da un poco de miedo, cariño; tan alto, tan ancho, tan grandote todo él y con esas enormes manazas... ¿Te has fijado cómo me mira?

—Te mira admirado. ¡Seguro que jamás en su vida ha visto una mujer tan bella y elegante como tú!

—A mí me asusta; tiene unos ojos muy grandes, con unas pupilas grises... ¡descaradas!

—Tonterías, Mad. Te respetará tanto como a mí. ¡Ya lo verás!

Dejándola en el cuarto de baño, él se dispuso a volver a la habitación al animar:

—Anda, nenita. Termina de vestirte y voy a verle.

—Seguro que se ha vestido de mil colores. Sin ningún gusto y...

¡Es un palurdo!

Eugeni Vitale sonrió, pero nada más salir del baño y fijarse en su protegido, se quedó muy serio y con la boca abierta avanzó hacia Randi Bianchi.

De verdad que no parecía el mismo rudo montañés siciliano que acababan de dejar hacia solo unos minutos.

Ahora, Randi Bianchi lucía un magnifico traje gris con camisa muy blanca, corbata ligeramente granate, brillantes zapatos negros y una simpática y atrayente sonrisa de oreja a oreja, que mostraba su perfecta dentadura blanca y fuerte.

Solo fijándose muy bien en él, se percibía que el elegante traje no estaba hecho a su medida y que, por los movimientos de sus pies, los zapatos también le apretaban. Pero, en todo el conjunto y sin reparar mucho, parecía todo un *dandy*.

—¡Soberbio, chico! —aprobó feliz Eugeni Vitale—. Ya puedes salir, Mad. ¡Te llevarás una gran sorpresa!

Fue cierto; Maddalena Rossi también se quedó casi sin habla.

Y aunque no dijo nada, tuvo que reconocer interiormente que aquel palurdo era un magnífico ejemplar de hombre.

Hasta temía que muchas mujeres le querrían para ellas…

CAPÍTULO V

No era la primera vez que veía el mar, pero nunca había navegado sobre él. Randi Bianchi no había estado ni en una barca de remos y ahora se veía en aquel enorme buque de pasajeros que hacia la travesía desde Messina a Reggio di Calabria, para luego ascender desde el sur de Italia en busca del puerto de Nápoles.

Para un muchachote como él, era una fantástica aventura.

Se fijaba y disfrutaba de todo; todo se le antojaba sorprendente y maravilloso.

Cuando el capitán se alejó satisfecho por la cubierta tras conseguir un autógrafo de Eugeni Vitale, el joven siciliano preguntó:

—¿Le conoces?

—No, pero él a mí sí.

—¿Quieres decir que un hombre que manda en un barco así...?

—Soy famoso, Randi. ¡Mucha gente me conoce y me admira!

—¿Solo... solo por correr en bicicleta?

—Bueno; por correr en bicicleta... ¡y por ganar! Por llegar el primero a la meta.

—¿Y también me conocerán a mí?

—Eso depende de cómo te portes, muchacho. Tendrás que aprender muchas cosas y...

—¿Tú me enseñarás?

Eugeni Vitale miró fijamente al joven que hasta llevaba sus ropas. Comprendió que se entregaba, que se ponía en sus manos y quiso aprovechar la ocasión para advertirle, dándole la primera lección.

—Ante todo, tendrás que obedecerme siempre.

—¡Lo haré, Eugeni!

—He dicho siempre, Randi. ¡En todo momento y circunstancia!

Tras breve pausa remachó:

—¿Lo has comprendido?

—Sí, claro. ¡Te prometo que haré siempre lo que me mandes!

—Para empezar, nada más llegar a Roma te presentaré a August

Lazzarini.

—¿Quién es ese hombre?

—Nuestro entrenador. También fue ciclista profesional y ganó muchos premios; es él quien se cuida del equipo.

—¿Ya no corre?

—No... Esto de la bici es muy duro, muchacho. En pocos años te quemas y August ya cumplió los cuarenta.

—¿Qué quieres decir con eso de que «te quemas»?

—Pues que te desgastas, que se pierden facultades. Las piernas empiezan a pesar, los pulmones no aguantan y en pocos años... Ya nadie te ficha, ni como gregario.

—¿Qué es eso de fichar, Eugeni?

—Diablos. Randi. ¡Estás pez en todo!

—¿Pez...?

—Quiero decir que no sabes una sola palabra del mundo de la bicicleta. A nosotros nos fichan las distintas marcas comerciales, que a su vez forman los equipos.

—¿Y qué ganan con ello?

—Publicidad, hombre. Si la *Sanvenero* gana el *Tour* de Francia, el *Giro* de Italia o la *Vuelta* a España, por ejemplo, su nombre se hace mucho más famoso y aumentan mucho más sus ventas. ¿No lo comprendes?

—Creo que sí. Y si tú consigues que la *Sanvenero* me fiche... ¡Ganaré muchos premios para esa marca de electrodomésticos y bicicletas!

Al oír aquella nueva promesa del montañés siciliano. Eugeni Vitale se apresuró a indicar:

—No, Randi, no... De momento, tú no tienes que ganar nada.

—¿Ah, no?

—No, muchacho.

—¿Y por qué no, Eugeni?

—Bueno, pues... Porque aún no estás maduro. Porque aún tienes que aprender mucho y...

—¡Lo aprenderé fijándome en ti!

—Te repito que lo que tendrás que hacer es lo que yo te diga.

Maddalena Rossi se había refugiado en el camarote con la excusa de un leve mareo y los dos hablaban en cubierta, acodados en la borda contemplando el mar. Randi Bianchi seguía con su vivo

entusiasmo aquella fantástica aventura que estaba viviendo, brillantes y llenos de ilusiones sus ojos grises y sintiéndose, con aquellas ropas prestadas, el más elegante de los pasajeros.

De habérselo permitido su innata timidez, se habría puesto a gritar a los cuatro vientos que él pronto sería también un ciclista profesional.

Aunque ahora Eugeni Vitale empezase a frenar sus desbordados entusiasmos, recomendándole:

—Un gregario es el que tiene que sacrificarse por el equipo. ¿Comprendes, Randi?

—Yo seré eso, ¿verdad?

—De momento, sí, muchacho. Durante las carreras, o las pruebas en los velódromos y *criteriums*, hay muchas tácticas que se deben emplear. Por ejemplo, en un momento dado yo te diré que saltes del pelotón y hagas como que intentas una fuga.

—¿Y para qué fingir que lo intento?

—Para desgastar a los rivales, hombre. Ellos también saldrán detrás de ti como lobos, pero tú irás frenando poco a poco, hasta que yo me integre en el pelotón de cabeza, tranquilamente, sin haberme fatigado mucho.

—Ya comprendo; una especie de trampa.

—No son trampas. Randi: todo eso es legal. Como lo es que vayas delante de mí escalando una cima, aunque antes de coronarla del todo me permitas que te adelante.

—¿Y eso, para qué, Eugeni?

—Está bien claro, Randi: el que marcha delante, sufre más la resistencia del viento.

—Eso quiere decir que te aprovecharás de mí.

—¡No se llama así, diantre! Eso es ayudar al líder del equipo. ¡Al capitán, que soy yo!

—¿Y si tú no puedes seguirme?

—Eso no sucederá: apretarás solo lo suficiente para que yo pueda marchar a tu rueda.

—Pues aquella mañana no pudiste y yo…

—¡Olvídate de eso, Randi! Y no se lo cuentes a nadie. ¿Lo has entendido bien?

—Perfectamente, Eugeni.

—¿Me das tu palabra de honor?

—La tienes.

—Y otra cosa: cuando rodemos en pelotón, siempre procurarás marchar junto a mí, por si en un momento dado te necesito.

—Lo haré así.

—A veces, hasta tendrás que cederme tu bici...

—¿Y yo?

—Si la mía tiene avería, ya pasará nuestro entrenador y te dará otra.

Meneando sus rebeldes cabellos negros, Randi Bianchi pareció meditar antes de confesar:

—Me parece que no me gustará mucho eso de ser gregario.

—Pues tendrás que serlo, por lo menos un año o dos. ¡Todos empezamos así!

—Tú mandas, Eugeni. Haré todo lo que me digas.

—Es lo que no tienes que olvidar nunca, Randi. ¡Nunca!

Y el famoso Eugeni Vitale continuó aleccionando a su futuro gregario.

En verdad que Randi Bianchi tenía mucho que aprender.

Y no solo por lo que respectaba al mundo de la bicicleta.

* * *

Eugeni Vitale no ganó el *Criterium* de Nápoles, pero sí quedó clasificado en el tercer puesto, detrás del francés Didier Arnoux y del inglés Patrick Henton, respectivamente campeón del mundo de velocidad y campeón del mundo de fondo en carretera.

De cualquier manera, Maddalena Rossi y Randi Bianchi le vieron subir al *podium* de los triunfadores, alzando los brazos con su trofeo y mostrando su feliz sonrisa a fotógrafos y periodistas.

Y como el velódromo se llenó a tope y habían firmado a porcentaje sobre el taquillaje, el resultado fue que se llevó un montón de liras.

Antes de proseguir el viaje a Roma en el Maserati que también habían desembarcado en Nápoles, los tres decidieron que debían celebrarlo. Pero, contrariamente a lo que esperaban, aquella no fue una noche feliz para el joven montañés siciliano. Por alguna razón que aún no alcanzaba a comprender, siempre que estaba presente ella, se mostraba más tímido y silencioso.

Maddalena Rossi le intimidaba, le dejaba sin saber qué decir ni qué hacer, porque aquella bella mujer, con su elegancia, con su mundología y sus refinados modales, le recordaba más que él era solo un rudo y simple «palurdo», como ella solía decir.

Y además de eso, Randi Bianchi también sentía otra cosa que le desazonaba.

¡Sentía celos de Eugeni Vitale!

Aquella joven, hermosa y voluptuosa mujer, se colgaba sonriente y feliz del brazo del famoso ciclista profesional. A veces le besaba mimosa las mejillas y todo eran sonrisas y halagos para Eugeni Vitale, que a su vez también se mostraba satisfecho.

¿Qué hacía él entre los dos?

Prefería estar solo a permanecer junto a la enamorada pareja.

Consciente de su ignorancia, Randi Bianchi había conseguido un diccionario y en él analizaba las palabras. Así, había llegado a comprender lo que era un gregario: un adocenado, un dócil, vulgar, incoloro, impersonal, chabacano, borreguil, integrante, constituyente...

Bien que él llegase a ser todo eso cuando corriera por las carreteras, siempre pegado a Eugeni Vitale, su capitán, el jefe del equipo *Sanvenero*. Le había dado su palabra de honor y la cumpliría; siempre estaría bajo sus órdenes, cumpliendo todo lo que le indicase.

Pero en lo personal no.

Fuera de las carreteras y las competiciones, Randi Bianchi quería seguir siendo él mismo.

Incluso, algún día, se buscaría una mujer tan elegante y hermosa como Maddalena Rossi.

Durante la cena, en un lujoso restaurante napolitano con vistas al mar y pista de baile, el mismo Eugeni Vitale le animó para que sacase a Maddalena a bailar. La mujer rubia se levantó sonriéndole, pero el joven siciliano se excusó, rojo como un tomate:

—Lo... lo siento, señorita Rossi... Yo... yo no sé bailar.

—Eso no importa, hombre. Te llevaré yo.

Se levantó, pero fue para reafirmar:

—¡No sé bailar! Buenas noches.

—¡Eh, tú, muchacho! —se interesó Eugeni—. ¿Adónde diablos vas?

—Daré un paseo —les anunció—. ¡Nunca estuve en una ciudad como Nápoles!

—¿Y si te pierdes?

—No te preocupes, Eugeni: sabré encontrar el hotel.

—Está bien, chico. ¡Que te diviertas!

Ya empezaba a sortear las mesas el joven montañés, cuando Eugeni Vitale también se levantó y fue en su búsqueda.

—Toma, chico: necesitarás algo de dinero.

—No, gracias, no.

—¡No seas niño!

—¡He dicho que no, Eugeni! Ya... ya te debo mucho.

—No me debes nada, hombre. Y en todo caso, te lo descontaré del primer dinero que recibas.

Se lo metió en uno de los bolsillos y, mirando a su mesa aconsejó:

—¿Por qué no te quedas? Mad puede ofenderse.

—¡Al contrario! Estará mejor a solas contigo.

—¿Pero qué diablos os pasa a los dos? ¿No congeniáis?

—No es eso... Es que quiero conocer esta ciudad.

—¡Allá tú, chico! Pero mañana en el hotel. Salimos a las diez para Roma.

—No faltaré, descuida.

CAPÍTULO VI

Sobre una moderna *Sanvenero* de alta competición, que a Randi Bianchi se le antojó menos pesada que una pluma, pedaleaba con toda la formidable potencia de sus piernas, endurecidas durante años en su tarea diaria de repartir leche por las empinadas pendientes del Monte Etna.

Mientras Eugeni Vitale conducía el coche, cronómetro en mano y a veces la vista al velocímetro, el veterano August Lazzarini exclamó:

—¡Ese chico es formidable! ¿Dónde encontraste a ese fenómeno?

—Ya te lo dije: durante mis entrenamientos en Sicilia.

—¡Va a más de cuarenta y ocho kilómetros por hora!

—Pues le tienes que ver subiendo. ¡Es un auténtico escalador!

—¿Mejor que tú, Eugeni?

El ciclista profesional tardó en contestar. Y cuando lo hizo fue para manifestar:

—Casi tan bueno, August... Hace falta pulirle mucho.

—¿Pulirle? Sostiene bien el ritmo, aguanta la punta de velocidad y, en los repechos... ¡Ni se levanta del sillín!

—Sí... Randi tiene piernas de acero.

—Y buen fuelle... ¡Mírale! Ni se fatiga.

—Te gusta, ¿verdad?

—Mucho... ¡Es un hallazgo. Eugeni!

—¿Hablarás entonces con el patrón?

—No hará falta: en esto tengo carta blanca. ¡Queda contratado!

—Habrá que federarle.

—Eso corre a cargo del patrón. La Federación no le niega nada al poderoso Bruno Sanvenero.

—Escucha. August; te lo he traído para que sea siempre mi segundo.

—Por supuesto, Eugeni. ¡Sigues siendo el capitán del equipo!

—Otra cosa, August.

—Tú dirás.

—Cuando termine este entrenamiento, no le felicites mucho,

¿comprendes? Estos chicos, muchas veces se vuelven vanidosos y terminan estropeándose.

—Lo sé… Descuida; le diré que le aceptamos simplemente porque le recomiendas tú.

—Más adelante, cuando depure su estilo y esté más curtido, ya le podrás lanzar —y al poco indagó—: ¿Cuánto le ofrecerás por su primer contrato?

—Lo mínimo: y solo por seis meses. ¿Por qué aceleras ahora?

—Quiero adelantarle para que frene un poco. No hace falta reventarle.

—¡No, no! Déjale… ¡Déjale que siga! Nos tiene que dar todo lo que ese chico lleva dentro.

—Lleva más de setenta kilómetros.

—Que siga así hasta Bolsena. Allí daremos la vuelta.

—¿Le vas a dar la paliza de los doscientos?

—¿No dices que es tan bueno?

—Sí, pero así… Al principio…

—¿No ves como tira el condenado, sin darse respiro?

Era cierto; Randi Bianchi pedaleaba con fuerza y a ritmo sostenido, sin tan siquiera utilizar la cantimplora. Recordaba perfectamente que antes de salir de Roma para someterse a aquella prueba, su buen amigo y protector Eugeni Vitale le había dicho:

«—Hoy te juegas tu suerte, Randi… August es uno de los mejores entrenadores del mundo. Irá junto a mí muy pendiente de ti y tienes que demostrarle todo lo que vales».

Inicialmente, cuando se montó en aquella bicicleta tan moderna y ligera, temía que a los pocos kilómetros se destrozaría entre sus piernas. Le resultaba difícil creer que una cosa que parecía tan frágil, con tan poco peso, pudiese soportar el suyo. Aquellos pedales se quebrarían bajo la fuerte presión de sus grandes pies, que a medida que corría por la carretera fueron aumentando el ritmo del pedaleo.

Cuando vio que nada de esto sucedía, intentó adoptar la postura más conveniente, tal como le había indicado su maestro. Su cuerpo de atleta se curvó desde el sillín, aferró el manillar con fuerza y en su mente quedó fija una idea.

No debía defraudar a Eugeni Vitale.

Como le había dicho, su futuro se jugaba aquella mañana.

También pensaba en sus abuelos, en la rústica casucha de piedra, en las vacas, el ordeño diario, el reparto de la leche…

La noche que había pasado en una ciudad como Nápoles, cuando se separó después de cenar de Maddalena y de Eugeni, en cierta forma le había permitido vislumbrar lo que podía llegar a ser su vida, de convertirse en un ciclista tan famoso y bien pagado como su protector.

A Eugeni Vitale se lo debería todo.

Algún día, todo un capitán de barco como el que les había llevado desde su querida Sicilia hacia la parte sur de Italia, también le pediría un autógrafo a él.

¡Tenía que triunfar! ¡Debía triunfar!

Aunque echase el hígado en aquel entrenamiento.

Siempre atento a sus observaciones, el entrenador August Lazzarini observó con asombro:

—¡Increíble! ¡Va aumentando la velocidad, en vez de disminuirla!

—Debemos frenarle o el muchacho reventará.

—¡No, no! ¡Déjale! —volvió a objetar el veterano entrenador—. Nos limitaremos a seguirle y si revienta, si no tiene aguante, es que no sabe dosificarse.

—Está esforzándose al máximo y temo que…

—¡Que sufra! Eso es el ciclismo, Eugeni. Lo sabes muy bien.

—Cierto; pero de momento, solo quiero hacer de él un buen gregario.

—¿Gregario? —repitió August Lazzarini—. ¿Pues sabes una cosa?

—Sé lo que vas a decir.

—¡Y es cierto! Lo he cronometrado: de haber homologado esta prueba… ¡Le habría quitado a Didier Arnoux el campeonato de velocidad!

—Pues guárdatelo, August. ¡Ese chico no debe saber una cosa así!

—De acuerdo. ¡Está bien. Eugeni! Tú y yo hemos hecho un pacto y lo cumpliré.

—Te he dicho que más adelante ya podrás lanzarle.

—Sí; hacerlo ahora sería prematuro. Puede que solo tenga velocidad y no resistencia. A veces ocurre así. Sale uno que parece

muy bueno, pero solo resulta flor de un verano.

—A Randi le cuidaremos tú y yo poco a poco. Voy a adelantarle para decirle que por hoy está bien.

—Como quieras, Eugeni: el descubrimiento es tuyo.

* * *

Randi Bianchi hizo su debut como ciclista profesional en la vuelta a Cerdeña, en donde si no destacó, sí puede decirse que fue el gregario más trabajador y sufrido del equipo *Sanvenero*. El joven siciliano siempre se limitó a cumplir todo lo que le indicó Eugeni Vitale que, naturalmente, no solo resultó el Rey de la Montaña, sino que también se alzó con el primer puesto en la clasificación general, a más de dos minutos y treinta y seis segundos de su inmediato seguidor, el campeonísimo francés. Didier Arnoux.

En la escalada a los Alpes Occidentales, con la cota más alta del Mont Blanch a 4.200 metros sobre el nivel del mar, el nombre de Randi Bianchi tampoco sonó, aunque todos los especialistas que siguieron la difícil prueba, y algún que otro periodista deportivo, reconocieron que gracias al tremendo esfuerzo de aquel joven siciliano, su equipo se clasificó en primer lugar y, por puntuación en las metas volantes de las cimas más altas, nuevamente Eugeni Vitale ganó el Premio de la Montaña.

Luego vino la Milán-Turín-San Remo, las escaladas al San Gotardo, Simplón y, ya en los Alpes centrales, la de Bernia y la de los pasos históricos de la Valtelina y del Brennero, enlazando con el calendario ciclista italiano de la Milán-Parma-Florencia, para finalizar con la prueba reina, la del *Giro* de Italia.

Pero antes, el equipo *Sanvenero* se inscribió en la *Vuelta* a España en la que también tomaron parte dos equipos de Francia, uno de Bélgica, otro de Holanda y otro mixto compuesto por corredores de Luxemburgo, Inglaterra y Dinamarca, llevando como figuras estelares a los campeonísimos Patrick Henton. Keke Rosberg y el singular *sprinter* Mang Fraymond, indiscutible vencedor en las metas volantes.

Por supuesto, el campeón del mundo de velocidad Didier Arnoux llegó muy bien arropado con su equipo francés, al contar en este con Michel Tour, Nili Piquet y siete hombres más de primera fila.

Los cuatro equipos restantes también contaban con famosos españoles, muy capaces de contar con el entusiasmo de su público, de dar serios disgustos a todos los demás.

Pero aquí sí que destacó la infatigable labor de Randi Bianchi quien, como una auténtica lanzadera, se pasó la *Vuelta* a España en un constante ir y venir del pelotón general a la cabeza, y de los primeros puestos a esperar a sus rezagados, llevándoles prácticamente «chupando» de su rueda hasta las posiciones desde las que podían aspirar en el *sprint* final a ir ganando etapas.

Fue algo que ya nadie pudo ignorar porque los fotógrafos y las cámaras de televisión que diariamente retransmitían en directo al país lo más destacado de la dura prueba, fueron testigos del espíritu de sacrificio de aquel joven siciliano, que no se daba respiro y hasta llegaba a desfondar con sus demarrajes y fulgurantes arrancadas, a los rivales de su equipo mejor situados en la clasificación general.

En todo el mundo del pedal los especialistas empezaron a hacerse preguntas. ¿Si tan veterano y bueno era el entrenador August Lazzarini, por qué no daba las órdenes oportunas a los de su equipo para que, aprovechando las fantásticas facultades de Randi Bianchi, el joven siciliano pasara a ser todo un líder?

¿Existía algún pacto secreto con el capitán Eugeni Vitale? ¿Temía el famoso escalador que su joven gregario le quitase el puesto? ¿Era el patrón del *Sanvenero* quien no quería que aquel muchacho destacase más? ¿Por cuestiones de dinero en su contrato?

Un destacado periodista español llegó a más, titulando su crónica:

> Ya tenemos vencedor de la *Vuelta* a España. Se llama Randi Bianchi porque él es quien está llevando a los mejores puestos de la clasificación a los de su equipo.

Aunque en otra entrevista el mismo Randi Bianchi declaraba:

> «Yo no tengo madera de líder y me conformo con la labor que estoy desarrollando».

Y en otra ocasión, puesto que los periódicos deportivos ya

empezaban a acosarle a él, cada final de etapa:

> «Me conformaría con entrar el último en esta carrera, si alguno de mi equipo resulta el vencedor».

También se hablaba y se escribía de lo modesto que resultaba aquel siciliano, de lo poco que cobraba, de su sentido de la disciplina y de su total entrega para con sus compañeros, por los que se sacrificaba en todo momento. Alguien escribió que Eugeni Vitale siempre se apoyaba en aquel humilde gregario y el famoso escalador replicó al día siguiente en una revista ciclística:

> «Las cosas están bien en el equipo. Randi Bianchi es en él la fuerza bruta y la juventud, mientras que nosotros, Franco Pirone, Bruno Patrese y yo somos la inteligencia y la veteranía. ¡Esta vuelta a España será nuestra!».

Lo fue y en ese sentido triple: primero en la clasificación general, Bruno Patrese. Premio de la Montaña, el indiscutible Eugeni Vitale; clasificación por equipos, el *Sanvenero*.

A los pocos días, empezó el *Giro* de Italia.

Todo el país vibró durante los días que duró la prueba, al ver que franceses, españoles, portugueses y los otros equipos en cada etapa eran superados por sus campeonísimos. La clasificación general varió muy poco: primero y Rey de la Montaña, Eugeni Vitale; ganador de las metas volantes, Bruno Patrese: por equipos el *Sanvenero* hacía el doblete.

Caldeado el ambiente de todos los aficionados por tantas victorias italianas, se esperó con viva impaciencia el *Tour* de Francia.

La prueba ciclista por excelencia.

Días antes de empezar, el campeón del mundo de velocidad hizo unas declaraciones muy chauvinistas a la prensa. Didier Arnoux se sentía muy francés y aseguraba a la legión de sus muchos seguidores que en su propio país no se dejaría vencer. El trazado de aquella Vuelta a Francia contaba con cuatro etapas contra reloj, de lo que lógicamente deducía que, siendo el hombre más rápido del

mundo sobre una bicicleta, por lo menos aquellas cuatro etapas las ganaría.

Y aún añadió en otra revista que le dedicaba la portada:

«En esta ocasión, Eugeni Vitale, Bruno Patrese y todos los ases italianos tendrán que correr viéndome siempre la espalda».

El *Tour* de Francia se inició en el Parque de los Príncipes, en París, con la primera etapa contrarreloj a cubrir en una distancia de 52 kilómetros. El último de los aficionados conocía que el récord del mundo en velocidad lo seguía ostentando el francés Didier Arnoux, establecido por este campeón en 49,883 kilómetros en una hora.

La distancia fijada en 52 kilómetros había sido elegida por si batía su propio récord. O bien por si otros conseguían recorrerla en un poco más de la hora.

El *Tour* de Francia no podía empezar mejor.

¡Aquello era todo un reto para los campeones!

Fiel a su costumbre de mantenerse en forma, Eugeni Vitale no dejó de entrenarse porque, en la larga lista de su esplendoroso palmarás le faltaba un primer puesto en la Vuelta a Francia.

—Y si me sigues ayudando como hasta ahora… ¡Es posible que también me alce con el Premio de la Montaña!

Randi Bianchi le escuchó con su probada paciencia, pero quiso saber:

—¿Qué debo hacer en esa primera etapa contrarreloj, Eugeni?

Fue August Lazzarini quien le contestó, como entrenador del equipo *Sanvenero*.

—Sales a por todas, Randi.

—¿A por todas, señor Lazzarini? —deseó concretar el joven.

—¿No me has oído?

Deseando explicárselo mejor, Eugeni Vitale volvió a intervenir:

—Verás, Randi: ya debes saber que, en esas etapas contrarreloj, los que salen primeros son… ¿Cómo te lo diría yo?

—Los que tenemos menos categoría, ¿no es así, Eugeni?

—Bueno… Cuando se trata del inicio de una carrera es así. Los que menos cotización internacional tienen, dijéramos, muchacho.

—Ya lo entiendo.

—Viene a ser lo mismo, que cuando en mitad de una carrera, hay alguna etapa contrarreloj —tomó la palabra el entrenador—.

Entonces salen los primeros los que peor clasificados están, y así sucesivamente hasta el que marcha el primero en la prueba.

—Resumiendo: que yo saldré en el Palacio de los Príncipes, en París, de los primeros, ¿no, Eugeni?

—Más o menos, Randi; quizá el séptimo o el octavo.

—Y usted dice que me lance a por todas, señor Lazzarini.

—¿Y por qué no, muchacho? Si logras establecer un buen tiempo, tanto mejor para el equipo.

—No sueñes, August —opinó Eugeni Vitale—. Ese condenado francés sí que saldrá a por todas.

—¿Crees que Didier Arnoux batirá su propio récord?

—De una cosa estoy seguro: los organizadores del *Tour* han pensado el recorrido para favorecerle a él.

—¡Menudos son! —exclamó Lazzarini.

—Con esa etapa inicial contrarreloj, quieren que Didier Arnoux ya empiece la vuelta como líder.

—¡Bah! Poco podrá arañarte a ti, Eugeni.

—Conque me aventaje en un minuto o dos... ¡Ya me fastidia!

—No importa: luego, en las primeras alturas recuperas ese tiempo.

—Didier Arnoux también es un buen escalador.

—Sobre todo porque le ayudan mucho Michel y ese condenado Niki Piquet.

—Yo tendré a Randi. ¿Verdad, muchacho?

El joven siciliano sonrió, afirmando con la cabeza.

Y siguieron entrenando.

La prueba que les esperaba era de las más duras en el calendario ciclista internacional.

¡Nada menos que todo un *Tour* de Francia!

CAPÍTULO VII

A Randi Bianchi le encantó París.

De las muchas ciudades que ya había conocido, la capital de Francia se le antojó la más bella, la más risueña, la más acogedora.

¿Por qué todas las mujeres le parecían allí bellas, bonitas, misteriosas, alegres, provocativas, coquetas y, a la par, adorablemente respetables y atractivas?

Eran las mujeres más seductoras de toda Europa.

Quizá por las largas distancias de la Ciudad Luz, o porque con cualquier cosa que se pusieran, ya al andar resultaban elegantes. Posiblemente porque en París la vida bulle mucho en sus calles y las mujeres las adornan y alegran con su ir y venir.

A la luz de la luna, teniendo a su espalda a la monumental Torre Eiffel, el río Sena se le antojó como un hilo de plata que atravesaba la ciudad. O como un enorme y tranquilo gusano de seda, con las luces de los barcos recordando que siempre hay una pareja de enamorados que, Sena arriba, Sena abajo, musitando su amor y sus esperanzas en esos restaurantes flotantes tan típicos.

Randi Bianchi cenó en uno de esos barcos del Sena, donde generalmente la música suele ser de acordeón y la rica y variada cocina francesa muestra toda su sabrosa magnificencia a los turistas, que siempre evocarán esas noches, cuando regresen a sus países.

Había logrado escabullirse de la concentración que siempre ordenaba el entrenador August Lazzarini, sobre todo cuando al día siguiente les esperaba la salida de una carrera importante. Randi Bianchi se aburría como una ostra en aquellas concentraciones de hombres, porque no sabía jugar al póquer como muchos de sus compañeros de equipo y porque, además, siempre terminaban hablando de lo mismo: del mundo del pedal y de mujeres.

Como buen montañés, a él nunca le había gustado permanecer encerrado, y mucho menos en las habitaciones de un hotel.

Las encontraba frías, sin calor humano, sin ningún objeto, exceptuando sus maletas, que pudiera llamar «suyo». De acuerdo

que siempre estaban limpias y perfectamente ordenadas, sus blandas camas esperando al viajero ocasional, pero le parecían enormes nichos blancos, donde uno no podía acariciar a un perro ni hablar con sus queridos abuelos de las pequeñas pero entrañables cosas diarias, cuando llegaba la noche y, próximo al sueño reparador del esfuerzo del trabajo, se comenta lo de las últimas doce horas y lo que, con toda seguridad, vendría en las del día siguiente.

Cuando pagó al camarero y salió al exterior para respirar hondo en la noche y mirar al río, acodada en la borda distinguió una silueta femenina que reconoció al instante.

¿Y cómo no reconocerla, si tenía aquel adorable cuerpo metido en el alma?

—¡Señorita Rossi! —llamó para cerciorarse.

Maddalena se enderezó y vuelta hacia el alto y fornido montañés siciliano, también iluminó su bello rostro con la sonrisa de la simpatía. Mirando al hombre que tenía ante ella, con los ojos de los recuerdos añorados.

Y sin embargo, con su voz saludó así:

—¡Hola, palurdo! ¿Qué haces tú por París, granujín?

Juntaron sus manos con movimiento instintivo y el joven apuntó:

—Mañana empieza el *Tour*, señorita Rossi.

—¡Ah, sí! Qué tonta: lo he leído en la prensa y además, lo sabía. Siempre es por estas fechas.

—Me alegro mucho de verla, señorita Rossi.

—¡Por favor! —suplicó ella con gracioso mohín de disgusto en los labios—. ¿Aún sigues con eso de «señorita»?

—Yo... yo... No sé; pero no acierto a llamarla de otra manera.

—Porque eres un tímido; un adorable «palurdo» al que asustan las mujeres.

—No... No me asustan. Pero usted... Usted sí que siempre me ha turbado un poco.

—¿Un poco? —se burló ella divertida—. ¡Y un mucho! Siempre te pones colorado cuando me miras.

—Bueno, es que... usted... —quiso variar el curso de la conversación y con aire más suelto indagó—: ¿No sabe que también está aquí Eugeni?

—¿Y cómo no enterarme, Randi? El famoso escalador acapara las portadas de las revistas y la prensa. ¡Sabe muy bien hacerse la publicidad!

—¿Hace tiempo que no le ve?

—Desde nuestra última «agarrada» en Roma. Luego... Os fuisteis para España. Portugal. Luxemburgo... Ya me tenía harta. ¡No le esperé!

—Eugeni la quiere, señorita Rossi.

—Te equivocas, Randi. ¡Eugeni Vitale solo se quiere a él! ¡A él mismo y a su condenada bicicleta!

—Es su forma de vida, como la de...

—¡Sí, claro! Su fama, el dinero que gana, la celebridad, las entrevistas con los periodistas, los autógrafos, que todo el mundo hable de sus proezas... ¡Bobadas! Ya me cansé de todo eso.

—¡Lástima! Hacían buena pareja.

—¡No me hagas reír. Randi! Eugeni y yo nunca hicimos buena pareja. Fue un gran error mío seguirle a Sicilia en aquel viaje que hicimos.

—Yo me alegro, señorita Rossi. ¡Así pude llegar a conocerles!

—Otra tontería, chico. A la larga, te aseguro que habrías sido más feliz en tus montañas, con tus abuelos.

—Dice eso porque debe estar triste.

—No lo creas, hombre. Mi vida sigue siendo más o menos igual. Mis padres tienen tres tiendas de antigüedades en Roma que les dan mucho dinero. La gente rica compra cuadros, muebles viejos... ¡Ya sabes! Y Roma siempre está llena de turistas millonarios, que se mueren por los *souvenirs* europeos de gran valor. ¡Sobre todo los americanos!

—¿Está sola en París?

—He venido para ver una exposición de pintura flamenca. ¡Y para una subasta!

—Pero ha cenado sola —insistió él.

—Sí, Randi... —admitió al fin—. He cenado sola en este bonito barco fluvial... No sé lo que me pasa, pero de un tiempo a esta parte huyo de mis amigos. Es como... ¡Como si me molestase la gente!

Hizo una pausa y añadió, los ojos clavados en el cielo negro plomizo:

—No lo creerás, mi querido palurdo, pero me siento como vacía

por dentro. ¡Totalmente insensible!

—¿Tan joven, señorita Rossi?

Como enfadada o molesta con ella misma, la elegante mujer bajó la vista, clavó las pupilas en las del hombre y esta vez casi exigió:

—¡Oh, por favor! ¡No sigas llamándome señorita Rossi!

—Lo haré... si usted deja de llamarme palurdo.

Ella se sorprendió riendo.

—Siempre supe que eso te molestaba. Pero eres un tipo adorable, Randi. Tan tímido, tan callado y silencioso, tan sufrido... ¡Tan alto y grande!

—No podré cambiar, Maddalena...

—¿Lo ves? ¡Eso me gusta! Maddalena o Mad, como prefieras, hombre.

—Eugeni siempre la llamaba así... ¡Mad!

—¡No me hables más de él! Eugeni es el pasado... Y a mí me gustaría poder soñar con el presente... ¡Y aún con el porvenir!

—¿Bajamos al muelle? Puedo llamarle al hotel y decirle que la he encontrado por casualidad.

—¡No! —volvió a rechazar ella con energía—. No lo creería. Es tan mal pensado, que pensaría que tú y yo nos habíamos citado aquí, en París.

—¿Por qué, Mad?

—¿Lo ves como eres un ingenuo. Randi?

—¿Por qué me repites eso siempre?

—¡Porque lo eres! Todavía no te has dado cuenta que Eugeni y yo rompimos por ti, Randi.

—¿Por mí? —casi repitió como un eco, muy sorprendido.

—Mi niño grande sigue siendo un palurdo. ¡Adorable!

—¡No digas eso! ¡He cambiado mucho! ¡He aprendido muchas cosas!

Quiso mostrarse duro y con la soltura que siempre había envidiado a Eugeni Vitale y añadió, mostrando sus dos enormes manazas:

—Y aunque no lo creas, estas manos ya han acariciado a tantas mujeres... que... que ya no me interesan. ¡Todas son iguales!

—Pero no me han acariciado a mí, Randi —puntualizó ella incisiva.

—¿Po... podría hacerlo? —la pregunta resultaba anhelante y ella incitó:

—¿Por qué no pruebas?

Las manos de Randi Bianchi cercaron la cintura femenina, pero al instante apartó los dedos engarfiados de allí, más que por la sacudida eléctrica que sintió recorrer su columna vertebral, porque pensó en voz alta:

—¡No!... No lo haré, mientras siga siendo el amigo de Eugeni.

—¿Y crees que él se siente tu amigo?

—¿Por qué no? Me ha ayudado mucho. ¡Le debo todo lo que soy!

—¿Y qué eres, Randi?

Cabizbajo, rehuyendo la mirada femenina para volver a fijar las pupilas en las aguas del Sena, solo acertó a balbucear:

—No lo sé, Mad... Posiblemente aún un don nadie... ¡Un don nadie! Pero Eugeni seguirá enseñándome más y es posible que... quizás, algún día... ¡Seré como él!

—¡No lo quiera Dios! —rechazó ella—. Te volverías ambicioso y cruel, duro y desagradable. ¡Un gran cínico, que solo se interesa por sí mismo!

—Mad... Yo... Lo que antes dijiste es... ¿Es cierto?

—¿Nada te ha dicho Eugeni?

—No... Nunca hablamos de ti. Yo temo que le duela y...

—Me llamó perra... Concretamente sucia perra viciosa porque me había enamorado de ti.

—Pero eso... ¡Eso no puede ser cierto, Mad!

El barco iluminado estaba acercándose a uno de los muelles laterales y la gente salía a cubierta. Unos desembarcarían y otros más subirían a él. Maddalena Rossi buscó las pupilas grises del hombre y su voz casi se hizo inaudible al mentir:

—No te preocupes, Randi... Solo fue una excusa para romper nuestras relaciones.

—¿Dónde te alojas? ¿En qué hotel estás? Te acompañaré y...

—No, mi niño grande. ¡No te lo diré!

—Pero ya es muy tarde y sola por esas calles...

—Tomaré un taxi... Por otra parte, soy una mujer liberada que sabe muy bien andar sola y hasta guardarse.

—¡Mad, Mad! Yo... ¡Necesito hablar contigo!

—Yo también, mi niño grande... Pero será mejor citarnos para cuando termine el *Tour*. ¿Te parece?

—¡Van a ser muchos días, Mad!

—Sé muy bien el enorme esfuerzo que una carrera así representa. Por eso será mejor que al terminar...

—¿Seguirás en París?

—Si tú me lo pides... ¡Sí!

—¡Te lo pido! ¡Te lo suplico!

—Pero ahora nos separaremos. ¡Sería horrible si nos viera juntos Eugeni!

—¿Por qué sería horrible? Ya no estás con él. ¡Eres libre, Mad! Y siendo así, yo tampoco tengo por qué... por qué seguir ocultando que te quiero.

—¡Oh, Randi! ¿Es eso cierto? —preguntó anhelante.

—Desde que te conocí en aquella montaña... ¡Me deslumbraste, Mad! Empecé a sentir que era un hombre distinto. Con capacidad para soñar, para aspirar a más... ¡Por eso me presenté en vuestro hotel en Catania!

—¡Oh, mi pillín! Yo creí que solo querías ser un campeón ciclista.

—¡También, mujer! Pero por ti y para ti... Aunque cuando os vi en la misma habitación de aquel hotel... ¡He sufrido mucho desde entonces!

—Mi pobre montañés... Y a pesar de eso, de tus rabiosos celos has seguido respetando y apreciando a Eugeni.

—Él no tenía la culpa. Mad... Te conoció antes que yo. Solo que creí que solo erais... erais novios y yo...

—¿Novios?

—Eso me dijiste.

—Perdóname, cariño: todo eso terminó. Pero, por favor... ¡No le digas a Eugeni que estoy en París! ¡No debe saber que me has visto!

—Ahora ya nada tenemos que ocultarle, Mad.

—¡Sí, sí! —insistió ella—. Por lo menos hasta que termine el *Tour*.

—¿Qué temes? ¿Qué me estás ocultando, Mad?

Ella al fin se rindió y cabizbaja, estrujando las manos masculinas que llevó junto a su mejilla, musitó:

—En nuestra discusión... Eugeni me prometió que dejaría de

protegerte si te veía conmigo. Que te echaría del equipo. Que tendrías que volver a tus montañas.

—¡Nada de eso me importa! El entrenador y hasta el patrón ya me aprecian. No me despedirán, aunque lo pida él. Y si lo hacen… ¡Podré fichar por otro equipo!

—Es que… ¡También prometió matarte!

—¡Palabras nada más! No tiene valor para una cosa así… ¡El muy canalla no debió asustarte!

—Yo le conozco bien, Randi.

—¡Y yo ahora! Es él quien tiene que estarme agradecido. ¡Llevo cerca de un año llevándole prácticamente a mis espaldas! No habría ganado una sola carrera de no ser por mí. Siempre me está prometiendo que me dejará ganar una etapa… ¡Y nunca lo permite! Él es el Rey… ¡Un Rey de la Montaña, que ya empieza a hacerse viejo!

—No te excites, por favor. Y quedamos en eso. Te esperaré en el Majestic al final del *Tour*.

No fue difícil conseguir un taxi, pero aunque el vehículo se detuvo ellos siguieron hablando. Tenían muchas cosas que decirse y no sabían parar, cómo despedirse. El viejo chófer bostezó y miró comprensivo a la joven pareja.

Maddalena Rossi ofreció sus labios y Randi Bianchi la besó.

En aquella dulce caricia sintió algo tan distinto a lo que le habían proporcionado otras mujeres, que al separarse de aquella boca, musitó:

—¡Te quiero, Mad! ¡Te querré siempre!

—Y yo a ti, mi amor… Mi lucha por separarme de ti ha sido inútil.

—Pronto volveremos a estar juntos.

—Sí, Randi. Pero no le digas nada aún a Eugeni. En esa carrera podría intentar mil cosas contra ti. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Mad.

La voz del viejo taxista rezongó:

—¿Vamos a seguir clavados aquí, *mademoiselle*?

—Perdone, no… Lléveme al Majestic.

El taxi arrancó al fin y una mano femenina aleteó por la ventanilla.

Randi Bianchi quedó solo allí, como perdido.

Aunque en el fondo feliz e ilusionado.
París seguía siendo bello y acogedor…

CAPÍTULO VIII

El Parque de los Príncipes estaba lleno a rebosar. En Francia, junto con el fútbol, el ciclismo sigue siendo el deporte más popular, el que más aficionados tiene, el que más fervor despierta y, por lógicas consecuencias, el más cotizado para sus protagonistas principales.

Los legendarios Bobet, Walkowiat y Anquetil, en unión de los Poulidor y tantos otros, han sabido mantener esa fervorosa afición que eleva a la categoría de «héroes nacionales» a los ganadores de algún *Tour*.

Durante la Vuelta a Francia la prensa, la radio y la televisión parecen no dedicarse a otra cosa. Los franceses disfrutan de amplios reportajes diarios, con magníficas imágenes y sabrosos comentarios, en los que se barajan nombres, clasificaciones, grandes y pequeños incidentes y toda la «salsa» del ciclismo internacional.

Por algo el *Tour* es la prueba reina.

Randi Bianchi forzosamente tuvo que ver al feliz y sonriente Eugeni Vitale con los otros componentes de su equipo en el control de salida, donde todos tenían que estampar la firma en sus respectivas cartulinas. El entrenador August Lazzarini le lanzó una mirada «asesina» y le reconvino:

—Ya me dirás dónde diablos fuiste anoche.

—Salí a dar un paseo —se limitó a excusarse.

—Te pondré una buena multa —fue la sentencia.

Los jueces ya estaban llamando a los primeros que tenían que tomar la salida. Naturalmente, se trataba de los gregarios, de los nombres menos relevantes; cada minuto, uno de ellos sería lanzado para que intentase establecer el mejor tiempo posible en los 52 kilómetros a recorrer en aquella primera etapa contra reloj.

En los grandes paneles electrónicos irían apareciendo sus nombres y los tiempos que, por supuesto, cada vez irían rebajando más a medida que la categoría de los participantes fuese más elevada, más cotizada.

Indiscutiblemente, el francés Didier Arnoux saldría el último.

Por algo seguía siendo el campeón del mundo de velocidad.

De los ciento veinte corredores participantes, Randi Bianchi vio que a él le tocaba salir en el decimonoveno puesto. Concretamente detrás de un rubio alemán llamado Wolfshohl, que se lanzó por la pequeña rampa de madera con todas sus fuerzas, apretando los dientes.

Cuando le tocó su turno, Randi Bianchi fue consciente que más de la mitad del público asistente no prestó mucha atención a su salida.

¿Qué se podía esperar de un simple gregario como él?

La emoción y el interés general, solo se concentraría cuando fueran saliendo los cuatro ases del momento: Eugeni Vitale, Patrick Henton. Bruno Patrese y sobre todo, el gran Didier Arnoux.

El turno de salida establecido no dejaba de ser curioso. De aquella forma resultaba que los mejores, los auténticos campeones, podían guiarse por los tiempos que ya habían marcado los otros, los que eran inferiores a ellos.

Mientras daba la vuelta al circuito buscando la salida a la carretera. Randi Bianchi no supo por qué se puso a recordar el día —ya lejano—, en el que por medio del pequeño diccionario que se compró, supo lo que significaba que a uno le considerasen un simple gregario: aquella palabra tenía los siguientes sinónimos: adocenado, dócil, vulgar, incoloro, chabacano, impersonal, borreguil, aunque también, componente, integrante, constituyente…

En el equipo *Sanvenero* que capitaneaba el indiscutible Eugeni Vitale, él era todo eso.

Mejor dicho: hasta entonces se había conformado con ser todo eso y nada más. Desde el día que el entrenador August Lazzarini le hizo la prueba y le aceptó, jamás había desobedecido una orden del líder. Ni tan siquiera había pasado por su imaginación que podía competir durante una carrera oficial con Eugeni Vitale.

Pero desde la noche anterior sentía que ya no le debía nada a aquel hombre. Eugeni Vitale podría haberle enseñado muchas cosas como ciclista, pero no se había portado con él como un amigo.

Hasta había amenazado a Maddalena Rossi con matarle a él, si ella decidía confesarle su amor.

Eso, además de una canallada, era una cobardía.

¿Qué derecho tenía Eugeni a mantenerles separados mediante

amenazas?

Estaba más que demostrado que Eugeni Vitale aún le mantenía junto a él para servirse de su más obediente y sacrificado «gregario».

Nada más que para eso.

Ni tan siquiera le había hablado de aquella discusión que tuvo con Mad, ni de los motivos de su rompimiento. Saltaba a la vista que le consideraba eso: un adocenado, un dócil, un vulgar, un impersonal, un borrego.

Bien: pues él le demostraría que no era así.

Eso, además de que recordaba muy bien la recomendación del entrenador:

«Sal a por todas, Randi».

Empezó a pedalear con fuerza, aumentando el ritmo según pasaba ante él la cinta de la carretera. Se animó más cuando vio la espalda del alemán Wolfshohl, que había salido un minuto antes que él. Le rebasó con facilidad, pero continuó acelerando su marcha anhelando ganar tiempo.

En realidad, solo ansiaba una cosa: batir a Eugeni Vitale quedando clasificado antes que el líder de su equipo.

Por descontado que si conseguía ser el primero en aquella inicial etapa contrarreloj, tanto mejor. Pero la posible victoria de Didier Arnoux ya le importaba menos.

Allí se trataba de una cosa personal.

Si lo lograba, le importaba un rábano los gritos y las protestas del orgulloso Eugeni Vitale. Le mandaría al infierno y hasta le pediría cuentas por haberle dicho a Mad que le mataría si ella le confesaba que le quería.

Vio el dorsal del belga Bracke y se lanzó a la caza. Cuando también le rebasó supo una cosa segura: llevaba dos minutos sobre su horario previsto.

Apretando los dientes, sin darse un respiro, continuó esforzándose por seguir arañándole segundos al cronómetro. Correr con aquellas bicicletas tan livianas era una pura delicia. Debía concentrarse al máximo en lo que estaba haciendo, y para ello nada mejor que recordar que ahora no arrastraba sesenta litros de leche a sus espaldas.

Ni tampoco se trataba de ninguna escalada.

El trazado de la ruta era llano como la palma de la mano y la carretera estaba magníficamente asfaltada. Cuando los 52 kilómetros terminasen nuevamente en la pista del Palacio de los Príncipes, no habría tenido que superar ni el más leve repecho. Los franceses eran muy listos: aquello era un camino ideal para un velocista como Didier Arnoux.

Bien; él les demostraría que también sabia correr en el llano.

Para un escalador de sus condiciones físicas, aquello resultaba fácil. Pero el esfuerzo que se ahorraba al no tener que escalar pendientes, lo emplearía en sostener aquella velocidad en punta que incluso debía ser más rápida, si quería alcanzar su objetivo.

Al doblar una curva vio el dorsal del hombre que había salido tres minutos antes que él. No recordaba si se trataba del italiano Binda o del belga Maes; tres kilómetros más allá pudo comprobar que era el italiano y, aunque el sudor empapaba su rostro y los músculos se le agarrotaban, siguió con su idea fija.

O reventaba en mitad de aquella carretera o también lo rebasaba.

Eso significaría que había ganado tres minutos. Le daría la certeza de que su terrible esfuerzo no estaba resultando en vano.

Binda era un piamontés duro, correoso, auténtico gregario que siempre lo daba todo. Pundonoroso como la mayoría de los ciclistas, no quería darle ninguna facilidad para que le adelantase. Con toda seguridad era consciente de que para nada contaría su clasificación en aquella contrarreloj, a no ser para la puntuación de su equipo. Pero aun así se levantó del sillín de su bici y lo intentó todo.

Pero cuando al fin Randi Bianchi también le rebasó, el pobre se hundió. Fue como si recibiese un mazazo y sus piernas se aflojaron, porque todo buen profesional siente mucho estas cosas.

Y Binda lo era.

Contrariamente, Randi Bianchi recibió otra inyección de optimismo.

Inclinado totalmente sobre el manillar, el siciliano procuraba hundir la cabeza entre los brazos para que su cuerpo ofreciese menor resistencia al aire. No tenía por qué levantar la cabeza para mirar muy por delante de él, le bastaba con fijar los ojos en la cinta de la carretera y seguir pedaleando en una lucha feroz contra él

mismo: contra la fatiga y el esfuerzo que continuadamente ordenaba su cerebro a las piernas.

Y no pensaba tener piedad.

No obstante, creyó oír que a su paso la gente aplaudía con ganas. Le jaleaban y, aunque lo hacían en francés, en aquellos instantes era como un idioma internacional que todo profesional entiende a la perfección.

Cayó en la cuenta que aquel entusiasmo se debía a que los altavoces situados en la ruta, iban anunciando el tiempo por los cronometradores oficiales. La organización de un *Tour* siempre es perfecta y en cualquier momento, sus jueces pueden establecer una clasificación que es la «salsa» de la prueba, con sus alternativas, sus cambios, las posiciones, los incidentes.

A veces, por desgracia, hasta los accidentes también…

Cuando los aplausos aumentaron fue cuando Randi Bianchi se dispuso a alcanzar al cuarto hombre que había salido cuatro minutos antes que él. Se trataba del suizo Scieurzs y también aquel gigante rubio se alzó del sillín de su bici para pedalear con más potencia.

Randi Bianchi le imitó, para mayor entusiasmo de los que presenciaban al borde de la ruta la dura pugna.

En un momento dado en el que uno de los helicópteros de la televisión francesa descendió excesivamente para efectuar sus tomas, el corredor suizo alzó la cabeza, su bicicleta hizo un extraño giro a la izquierda y el siciliano pegado a su rueda trasera chocó con él.

Scieurzs y Randi Bianchi rodaron en confuso montón de piernas, brazos y máquinas.

Pero ninguno de los dos se mostró enfadado ni protestaron. Se limitaron a incorporarse con gran celeridad y sin mirarse por si habían resultado heridos, mutuamente se ayudaron con gran deportividad.

Eran cosas de la ruta.

Y fue hermoso ver al suizo Scieurzs como, tras examinar la bicicleta del rival, ofrecérsela a toda prisa para que Randi Bianchi pudiera seguir; hasta la sujetó mientras el siciliano montaba en ella, alzando el brazo por el que sangraba, deseándole buena suerte al compañero.

Randi Bianchi también le saludó, para al instante volver a pedalear con fuerza, deseoso de volver a conseguir la velocidad que el accidente le había hecho perder.

El suizo quedó allí, junto a su bicicleta seriamente averiada.

Su única protesta fue alzar la vista, mirar al helicóptero y cerrar su puño.

Pero su rostro sonrió.

CAPÍTULO IX

Fue apoteósico.

Único.

Inolvidable.

Sí: Randi Bianchi jamás podría olvidar el caluroso recibimiento que decenas de millares de hombres y mujeres —naturalmente que la mayoría de ellos franceses—, le ofrecieron a su entrada en el recinto de la pista del Palacio de los Príncipes, en pleno corazón de París.

Él no quiso darse respiro ni comprobar nada. Atento a lo suyo, ni se entretuvo en mirar a los paneles electrónicos que seguían marcando los tiempos.

Pero por los aplausos, por todo aquel inmenso griterío y el estruendo, se dijo que algo estaba pasando y que eso le favorecía.

Solo cuando llegó a la ansiada meta y la gente le rodeó con vivo entusiasmo, se enteró que había superado el récord del mundo de velocidad.

¡Didier Arnoux había sido destronado!

Sus 49,083 kilómetros a la hora habían sido ampliamente rebasados por Randi Bianchi, puesto que había cubierto los 52 kilómetros de aquella etapa contrarreloj en un tiempo de cincuenta y nueve minutos, trece segundos y ocho décimas.

Nadie, en toda la ya larga historia del ciclismo, había corrido tan veloz como aquel joven siciliano llamado Randi Bianchi.

Los fotógrafos y los periodistas le atosigaron. Los organizadores se esforzaban en apartar de allí a los muchos entusiastas curiosos, y hasta los uniformados gendarmes se empleaban con brío en despejar la pista.

La prueba seguía. Aún faltaban muchos corredores por finalizar la etapa y otros muchos más por iniciarla, sin tomar la salida.

Pero la opinión parecía general: nadie sería capaz de superar aquellos fantásticos 59 minutos, 13 segundos, 8 décimas en los 52 kilómetros a recorrer, porque ello representaba una velocidad increíble sobre una bicicleta.

Ni el mismo Didier Arnoux se podría acercar a esa marca.

Por cierto que, caballeroso y deportista, Didier Arnoux fue de los primeros que se acercó a felicitar a Randi Bianchi, estrechando la mano del siciliano y palmeándole sonriente la espalda.

El público aplaudió con entusiasmo, cuando vio a los dos profesionales fundirse en aquel abrazo. Los fotógrafos volvieron a rodearles y las cámaras de televisión no se perdieron el reportaje.

El inglés Patrick Henton también felicitó al que se daba por vencedor de aquella primera etapa de la nueva edición de la Vuelta a Francia, así como el danés Mag Fraymond, el italiano Bruno Patrese y otros más.

Pero Eugeni Vitale no se acercó.

Su excusa fue que estaba entretenido por otros periodistas, ante los que manifestó:

—Me alegro por ese muchacho; es de nuestro equipo y un triunfo así siempre cuenta.

—¿Cree que en el *Sanvenero* ya tienen otro campeón?

—En nuestro equipo solo hay cuatro ases y ustedes los conocen bien: Bruno Patrese, Franco Pirone, Anton Mamola y yo...

—Pero ahora...

—Ahora, amigos, en todo caso, Randi Bianchi será el comodín.

Cuando al fin terminó aquella primera etapa contrarreloj, la clasificación quedó así: un sorprendente primer puesto para Randi Bianchi, seguido a un minuto cincuenta y seis segundos por Didier Arnoux, a dos minutos, Eugeni Vitale; a dos y cuarenta segundos, Bruno Patrese; a dos cincuenta y cuatro, el inglés Patrick Henton y los tiempos aumentaban, casi abismalmente, hasta los ciento veinte hombres que habían tomado la salida.

Con la sentida baja del suizo Scieurzs, que ya no podría continuar; su herida en el brazo precisaría, durante un mes, cuidados clínicos.

Pero aquella noche la televisión francesa pasó el reportaje de su caída y noble comportamiento con Randi Bianchi, que indiscutiblemente se convertía en la figura central aquel día.

Y eso que el público no llegó a enterarse del trasfondo de aquella sonada victoria del joven siciliano, que entre bastidores empezó a tener sus problemas.

Para empezar, así que estuvieron en el hotel en espera de la

segunda etapa del día siguiente. Eugeni Vitale se acercó a su joven gregario y pareció reprocharle:

—Ya veremos cómo estás mañana, Randi. ¡Te habrás desfondado!

—No te preocupes; mañana estaré como siempre —se limitó a responder el montañés.

—¿Y si te entra la «pájara»? Estas cosas suelen ocurrir, cuando uno se empeña en esforzarse tanto.

—Sí, siempre se pagan —comentó otro del equipo.

—¡También ganaré la etapa! —afirmó algo picado Randi.

—¿Le habéis oído, muchachos? A este palurdo se le han subido los humos a la cabeza.

Randi miró fijamente al líder del equipo y advirtió:

—Repite otra vez lo de palurdo... ¡Y cobras!

—¿Ah, sí? ¿Pero qué diablos te pasa, hombre? Nunca te enfadaste por eso.

—Ahora sí... Todo va a ser muy distinto, Eugeni.

—¿Por qué? ¿Porque hoy hiciste una buena etapa?

—La hice. ¡Aunque te disguste!

—A mí no me molesta, hombre. Solo te advierto que esos esfuerzos se suelen pagar. ¡Y a veces muy caros! ¿O es que te crees que tu cuerpo es distinto al de los demás? Tú nunca has corrido una Vuelta a Francia, Randi: son muchas etapas y hay que saber dosificarse, hermano.

—Es posible; pero espera a mañana para hablarme así.

—Con esa herida en el codo, tú no tomarás la salida mañana.

—¿Por qué no? El médico me ha puesto unos puntos y nada me ha dicho.

—Lo digo yo, que sé lo que le conviene al equipo.

—Hablaré con el entrenador.

—August opinará como yo. ¡Y no me repliques, Randi! Hoy no estoy de humor, palurdo.

Randi Bianchi ya no fue capaz de soportar más.

Su enorme manaza se alzó, cerró el puño y lo proyectó con todas sus fuerzas sobre el rostro de Eugeni Vitale, que rodó por el suelo.

La posibilidad de proseguir la pelea quedó cortada, cuando el resto del equipo se abalanzó sobre uno y otro, para sujetarlos y así evitar males mayores.

La intervención del veterano August Lazzarini no logró calmar los ánimos. Colérico y furioso, Eugeni Vitale se empeñaba en pedir que aquel «palurdo» nunca correría en su equipo, porque además de ser un desagradecido y un novato al que se le había subido su triunfo «casual» a la cabeza, se había atrevido a levantarle la mano.

—¡Me pilló a traición y me golpeó como un salvaje!

—¡Te advertí que no volvieses a llamarme «palurdo».

—¡Lo eres! Y tardarás mucho en quitártelo de encima.

—¡Confiesa que te molesta que te haya vencido en esa etapa!

—¿Vencerme a mí tú? ¡No me sirves para descalzarme!

—¿Pero qué diablos os pasa a los dos? ¡Nunca os he visto así!

—Porque he estado hasta hoy aguantando todos sus caprichos y órdenes.

—Es lo que tienes que hacer, Randi.

—No, señor Lazzarini. ¡Ya se acabó!

—¿Qué te pasa, Randi? ¿Vas a demostrar que Eugeni tiene razón? ¿Esa victoria te ha vuelto altanero y ambicioso?

—¡De acuerdo! «Oficialmente», mi herida en el codo mañana me impedirá tomar la salida… ¡Pero no volveré a correr más con este equipo!

—Te renové el contrato. Aún te faltan meses para…

—¡Pues rescíndalo!

—Tendrás que pagar daños y perjuicios. Hay abogados y tú…

—¡Pagaré! No me faltarán otros contratos.

—Lo digo, August… Este chico ya se siente toda una figura.

—¡Soy mejor que tú! Y lo sabes, Eugeni.

—¿A qué te refieres, Randi?

—No tengo por qué decirlo aquí, delante de todos.

—¡Lo único que estás demostrando delante de todos, es lo que eres! ¡Un desagradecido!

—Por eso mismo. ¡Ya no comeré más las migajas de tu mano!

—¿Hablas en serio, Randi?

—Sí, señor Lazzarini… Y conste que nada tengo contra usted y todos los otros. Pero en estas condiciones, no seguiré más en el equipo.

—Está bien, chicos. Esta noche hablaré con el patrón.

—Por mí ya lo sabes, August. ¡O él o yo!

—Hombre, Eugeni…

—¡Lo dicho! No tengo más que añadir.

Y se retiró muy digno y tieso a su habitación.

* * *

Pero la contestación que aquella noche le llegó al abrumado entrenador desde Roma fue tajante. El señor Sanvenero siempre había sido un hombre poderoso y rico que jamás se dejaba intimidar, y su decisión fue:

—Manda a la porra a ese presumido, August.

—Perdón, patrón. ¿Se refiere a Randi?

—¡No, al otro! Eugeni se nos está haciendo viejo. He visto por la televisión lo que hizo hoy Randi y me ha entusiasmado. ¡Tiene madera de campeón!

—Patrón… Si mañana Randi toma la salida, Eugeni no lo hará.

—¡Allá él! Tenemos contratos que le harán perder millones de liras. ¡Se lo recuerdas!

—Bien; pongamos que cede. ¿Pero y el otro?

—Le hablas al chico. Prométele un buen contrato. ¡Mejorará mucho, porque se lo merece!

—Eso creará serios problemas en el equipo, patrón.

—¡Me gustan los problemas de esa clase, August! La pugna resulta divertida y, además… ¡Puede ser estimulante!

—Usted manda, señor Sanvenero.

—¡Ah! Otra cosa, August. Mañana se plantarán ahí nuestros publicitarios. Quiero un buen *spot* en televisión, con Randi Bianchi anunciando nuestros electrodomésticos. Y otro montando en una *Sanvenero* que ganará este *Tour* de Francia.

—No se pierde una, patrón.

—Hay que aprovechar los momentos en alza. ¿Sabes que hoy mismo hemos aumentado las ventas? Nos han llegado pedidos de toda Italia.

—Me alegro, patrón.

—Bien, August: tú arregla todo eso y que la mitad del equipo apoye al chico. Ha prometido volver a ganar la etapa de mañana… ¡Y creo que lo cumplirá!

—¿Le digo una cosa, patrón?

—Adelante, August.

—¡Yo también lo creo! He venido observándole y es un fenómeno. En pocos meses se ha hecho todo un profesional.

—Voy a colgar, August... Tengo que asistir a una fiesta de mi hija.

—Salúdela de mi parte, patrón.

CAPÍTULO X

Randi Bianchi cumplió su palabra.

La etapa volante París-Versalles fue para el francés Didier Arnoux, seguido de los cuatro ases del *Sanvenero* que todo el tiempo fueron al copo, obstaculizando en lo más posible al joven siciliano de su propio equipo, siempre siguiendo las instrucciones del líder: un Eugeni Vitale que se entregó a fondo, como en sus mejores tiempos.

Pero al llegar al final de la etapa del día fue Randi Bianchi el que supo imponerse en el largo *sprint* que le llevó a la meta de Ruán.

Fue preciso la fotografía para dilucidar que había resultado vencedor tan solo por media rueda, y pese a que los codos de Bruno Patrese y Anton Mamola «trabajaron» lo suyo.

Con todo esto la polémica se agudizó más. Estaba claro que la «guerra» había estallado en las filas de aquel equipo italiano y que cosas así, a lo largo de una competición, no hacen más que beneficiar a los otros equipos.

Sin embargo, contra todo pronóstico de los especialistas, el resultado fue que el *Sanvenero* siempre estaba en la liza. El nuevo líder que les había salido, pese a tener que luchar también con los llamados «cuatro ases», aquel póquer formado por Eugeni Vitale, Bruno Patrese, Francis Pirone y el bruto de Anton Mamola, se mostraba irresistible y hasta arrollador, secundado solamente por tres fieles gregarios que bajo cuerda y siguiendo instrucciones del entrenador Lazzarini, le arropaban lo más posible.

Los triunfos de Randi Bianchi no hacían más que irritar a la otra mitad del equipo. Una prueba de ello era que el mismo Eugeni Vitale tornaba a sus mejores tiempos, picado en su amor propio de líder indiscutible: era como si ansiara demostrarse a sí mismo que un palurdo como aquel desagradecido montañés siciliano, jamás podría vencerle.

Pero le vencía…

La etapa de Caen la ganó por pelos el velocista inglés Patrick

Henton, aunque Randi Bianchi continuó el primero en la clasificación general, por la ventaja anteriormente conseguida.

El francés Didier Arnoux demostró una vez más su excelente clase y que no se le podía descartar del triunfo final, al plantarse el primero en Reims. Y fue en la de Burdeos donde Eugeni Vitale dio su famoso «do de pecho», arrebatándole a su odiado rival de equipo el primer puesto en la etapa.

Pero cuando llegaron a las etapas de montaña, nuevamente Randi Bianchi volvió a comandar la carrera. No había forma humana de seguir a su rueda cuando aquel hombre se empeñaba en escalar los picos más altos de los Pirineos: Mont de Marsan, Agen, el desfiladero de Perthus. Benasque, el gigante Vignemale, con sus 3.298 metros y el Montcalm y otros puertos de menor categoría le plantaron en Carcasona con tres minutos y catorce segundos sobre su inmediato seguidor, el duro danés Mag Fraymon, que a la chita callando y sabiendo aprovecharse de aquel singular *Tour* de Francia, arañando segundos y bonificaciones, era el único que le podía plantar cara.

Aprovechando los llanos desde Narbone a Montpelier, para luego descender hacia Nimes y Marsella, el «póquer de ases» del *Sanvenero* se lanzó a tumba abierta rodando a velocidades de vértigo. Pero, de alguna manera, Randi Bianchi se las apañaba para entrar siempre en el pelotón de cabeza, perfectamente situado para conservar su *maillot* amarillo de líder.

Tan solo pudieron arañarle treinta y seis segundos y fue en Tolón donde estalló la tormenta.

Eugeni Vitale lanzó unas declaraciones sensacionales, afirmando que él tenía la seguridad de que Randi Bianchi se dopaba.

«Toma un nuevo producto holandés, mezclado con el agua de su cantimplora, que ni aun en el control del "doping" deja huellas», aseguró.

Prensa, radio, televisión y naturalmente, todas las revistas especializadas, se hicieron eco de un escándalo así. Randi Bianchi se vio estrechamente sometido a una larga serie de análisis de orina y pruebas, que si no dieron ningún resultado positivo, sí le causaban molestias y hasta un complejo de culpabilidad.

A la gente le gustan los escándalos.

No hay nada tan veloz como la calumnia: ninguna cosa tan fácil

de lanzar, más fácil de aceptar, ni más rápida de extenderse. Por otra parte, la calumnia es como la moneda falsa: muchos que en manera alguna la hubieran acuñado, la hacen circular sin escrúpulos.

Randi Bianchi pensó que perseverar en el cumplimiento del deber y guardar silencio era la mejor respuesta que podía dar a tales habladurías. Aunque en ciertos momentos pensaba que los que propagan la calumnia y los que la escuchan, deberían ser colgados: los propagadores por la lengua; los oyentes por las orejas.

Y ello porque hay una terrible circunstancia que distingue a la calumnia de otros daños: el que la inflige no puede nunca repararla.

Entonces sufría porque ignoraba que, a la larga, todo aquello le beneficiaría. Diariamente su nombre saltaba a las columnas de la prensa y a los reportajes de la televisión, donde acaloradamente se discutía «su problema» con Eugeni Vitale, el capitán de los «cuatro ases»

Pero, vencedor también en los Alpes franceses y plantándose el primero en la meta final de París, con una ventaja de cuatro minutos y veintiséis segundos sobre su inmediato seguidor, Didier Arnoux, todas las lanzas se volvieron cañas para él.

Que también a la gente les gusta los vencedores. ¡Los que saben triunfar!

Cuando recibió el ramo de flores, los besos de las guapas de turno y el merecido trofeo, sus primeras declaraciones fueron:

—Ahora intentaré ganar otra batalla... ¡Pondré una querella contra Eugeni Vitale por difamación!

—¿Seguirá en el *Sanvenero*?

—Me temo que no podrá ser. Me resultaría imposible la convivencia con ese hombre.

—Ahora le lloverán las ofertas.

—Necesito descansar unos días y reflexionar... ¡Ya veremos!

—¿Qué siente un hombre como usted con todos estos triunfos?

—Alegría, pero también sorpresa. Y un poco de turbación y desconcierto.

—¿No le gusta la fama, la celebridad?

—Le he dicho que estoy un tanto desconcertado. ¡Me aturde!

—Supongo que el dinero no le aturdirá, campeón.

—Cierto: el dinero no me aturde. Pero no es, esencialmente, lo

más importante.

—¿Qué ha sido lo más importante para usted en esta victoria?

—Derrotar a Eugeni Vitale.

—¿Más que a nuestro Didier Arnoux?

—¡Sí! ¡Mucho más!

—¿Por qué?

—Existe entre nosotros una rivalidad muy «personal».

—Tenemos entendido que, al principio. Eugeni Vitale le ayudó.

—Es cierto.

—Me alegro que lo reconozca públicamente, porque al respecto no hace mucho que él declaró que la gratitud es una de esas cosas que no pueden adquirirse. O bien nace con el hombre, o, de lo contrario, ningún beneficio bastará para hacerla brotar.

—Últimamente Eugeni Vitale ha dicho muchas cosas sobre mí.

—Reconozca que la mayoría han sido malas.

—Allá él… Pero con respecto a la gratitud que él cree que siempre debía sentir hacia él, permítame que le diga lo que pienso sobre eso.

—Dígalo, amigo. ¡Hoy es usted el hombre del día!

—Verá… Jamás debe borrarse el beneficio recibido de la memoria del que lo recibe; pero el que lo hizo debe, a su vez, olvidarlo. Si el uno ha de mostrarse agradecido, el otro tiene que ser generoso. Divulgar jactanciosamente los favores a toda hora, es como echarlos en cara.

—Bien, Randi. ¡Es usted un filósofo!

—No… Solo soy un palurdo que corre bien en bicicleta.

—Que le dure muchos años, campeón.

Las entrevistas terminaron al fin y así que le fue posible, Randi Bianchi consiguió escabullirse, porque tenía prisa por acudir a una cita concertada en el hotel Majestic.

Nadie más que él lo sabía, pero precisamente aquella cita era lo que le había dado ánimos y fuerzas para ganar el *Tour*. Lo que en todo instante había tenido fijo en su mente y en el corazón para impulsar a sus piernas la fuerza y la resistencia necesaria para llegar al fin.

La adorable imagen de Maddalena Rossi había sido el auténtico «motor» que le sostuvo en los momentos más críticos. La posibilidad de una vida compartida con aquella mujer le había hecho crecerse

ante los rivales, combatirles, vencerles.

En todo momento soñó que si ganaba el *Tour* de Francia dejaría de ser, ¡y para siempre! el simple palurdo siciliano ignorante, olvidado y perdido en sus montañas.

¡Se había ganado un puesto bajo el sol!

Bajó del taxi y ya ante el recepcionista del hotel preguntó:

—La señorita Maddalena Rossi, por favor.

—No está, señor. Pero dejó esta carta para usted.

Randi Bianchi pensó que aquello resultaba un tanto extraño, cuando el recepcionista añadió:

—Porque supongo que usted es Randi Bianchi, ¿verdad, señor?

—Lo soy.

—Le he reconocido por haberle visto en la tele.

—Muy amable. Gracias.

—De nada, señor. Para servirle.

Salió un tanto desilusionado a la calle y rasgó el sobre. En una breve nota Maddalena le anunciaba:

> «En estos días he alquilado un piso en la calle General Leclerc, número 16. Es el último piso, mi amor. ¡Te espero! Tu Mad».

Una sonrisa amplia apareció en el rostro del joven siciliano. No sabía por qué había dudado de ella, hasta leer aquellos renglones escritos con una letra poco clara.

Nuevamente tomó un taxi y dio las señas. Ahora ya podía dar generosas propinas y lo hizo, con la satisfacción del hombre feliz que desea compartir con los otros humanos su dicha.

Por medio de aquellos renglones, la mujer de sus sueños le daba una cita amorosa. Pero no sería solamente eso, una noche de encendido amor y de pasión: él haría que aquello se prolongase hasta el resto de sus días.

Ya no era un don nadie, un pobre palurdo siciliano que nada podía ofrecer. Era el último ganador del *Tour* de Francia y ante él tenía un venturoso porvenir.

Subió hasta el último piso y llamó discretamente, esperando que cuando se abriese aquella puerta, un rostro bello, de facciones correctas y entrañables para él, le sonreiría invitador.

Resultó todo lo contrario.

El gigante que le abrió, un hombrón de unos cuarenta años, mostraba un rostro de boxeador, con sus narices aplastadas y las espesas cejas casi juntas, en una raya negra sobre su frente fruncida, dueño de un vozarrón con acentos groseros que indagó:

—¿Qué busca aquí, joven?

—Perdone: es posible que me haya equivocado.

—Es posible que no, amigo. Busca a mi mujer, ¿verdad, pollo?

—No, no perdone —volvió a excusarse Randi—. Busco a la señorita Maddalena Rossi.

Hizo una pausa, buscó en el bolsillo el sobre con la nota y justificó:

—Mire, por favor… Usted mismo puede leerlo. Me dieron esta nota y… ¿Qué hace?

Una mano enorme y veloz le había arrebatado el sobre con la nota y aquel hombrón gruñó:

—Es posible que la zorra de mi mujer le haya dicho que se llama así… ¡Por fin les he atrapado a los dos!

Y sin más comentarios, atrapándole por sorpresa y con fuerzas, tiró de Randi Bianchi hacia el interior de aquel piso, donde aún le esperó otra sorpresa más desagradable.

Tres hombres más aparecieron por el pasillo y, secundado al que le había recibido, se liaron a golpes, patadas y empujones con él. Randi Bianchi era joven, alto, macizo y con una fortaleza poco común; pero poco podía hacer contra cuatro bestias que tardíamente empezó a comprenderlo, le habían estado esperando allí para propinarle una dura paliza.

Se reafirmó en su idea al oír que el de rostro de boxeador le pedía a sus compañeros:

—¡A las piernas! ¡Hay que quebrarle las piernas!

—¡Sujetadle vosotros! —pidió otro de ellos.

Algo duro y contundente, le golpeó en la rodilla derecha, causándole un dolor agudo. El golpe se repitió en la pantorrilla y temió que le dejaran cojo para siempre. Se revolvió cómo pudo y uno de sus zapatos acertó en el rostro del que esgrimía la barra de hierro, lanzándole hacia atrás. Sus tres compañeros volvieron a lanzarse sobre él, pero había conseguido soltar su brazo izquierdo y también castigó con la furia que le prestaba aquel traicionero

ataque.

Derribó al otro individuo, pero fugazmente pudo ver que el que esgrimía la barra de hierro intentaba castigarle otra vez. De no agacharse a tiempo, le habría partido la cabeza en dos, escuchando que el de la cara de púgil retirado advertía colérico:

—¡Matarle no, imbécil! ¡Las piernas, las piernas!

Randi Bianchi se adelantó hacia aquel individuo y le aplicó un fulminante uno-dos: el puño izquierdo al estómago y, velozmente, el derecho restalló en pleno mentón.

Al derribarse medio tiró a uno de sus compadres y el joven siciliano no quiso seguir allí un segundo más. La puerta aún seguía abierta y corrió hacia ella para salir precipitadamente de aquella ratonera. Mientras bajaba los escalones de tres en tres, miró hacia arriba y vio que dos de ellos le perseguían.

Pero ganó la calle y se lanzó a la carrera.

E lo más prudente que podía hacer. Tácticamente era una retirada más que una huida: no podía permitir que ahora le quebrasen las piernas.

Su porvenir estaba en ellas.

CAPÍTULO XI

El comisario miró a los cuatro detenidos, al fin centró su atención en el gigante de rostro de boxeador y pidió:

—Vamos, René: no perdamos más tiempo. ¿Qué hiciste con la carta?

—¿Qué carta, comisario? —replicó con todo su cinismo el acusado.

—Os hemos detenido por la denuncia del señor Bianchi: él dice que le arrebataste una carta de las manos.

—Estará borracho, comisario. Ese tipo vino a mi casa, para entrevistarse con la zorra de mi mujer. ¡Por eso le zurré!

—¡Está mintiendo! —intervino Randi—. Podré demostrar que la carta me la dio el recepcionista del hotel Majestic. Yo no conozco a la esposa de ese hombre.

El comisario llamó a uno de sus hombres y le ordenó:

—Vaya al Majestic, Pierre: quiero a ese recepcionista aquí.

Luego centró su atención en los otros tres detenidos y les dijo:

—En cuanto a ustedes, ¿qué hacían en casa de René?

—Nos pidió que fuésemos a su piso, porque esperaba al amante de su mujer —declaró uno de ellos.

El comisario se puso a mirar unos informes y comentó:

—Menudos pájaros estáis hechos los cuatro. Pura basura que por unos cochinos francos, sois capaces de hacer cualquier cosa.

—Hombre, comisario...

—¿Lo puedes negar, Rene? Varios robos, algunas pequeñas condenas... ¿Quién os pago?

Ninguno de los cuatro detenidos despegó los labios. Su silencio se fue prolongando y el policía siguió:

—Ahora vives con Silvie Marsall *La Gata*. ¿No es verdad?

—Sí... —aceptó René.

—No es tu esposa.

—Es lo mismo, comisario. ¡Es mi mujer!

—¿Y dónde está? Cuando este joven vino a denunciar los hechos y fuimos a tu piso, no estaba allí.

—Se largó antes, porque la acusé de tener un amante.

—Seguro que le pegaste.

—¡Naturalmente, comisario! —aceptó aquel hombre.

—¡Jamás he visto a esa mujer! —volvió a afirmar Randi.

—No se preocupe —le tranquilizó el policía—. El recepcionista del Majestic aclarará las cosas; tendrá que decir quién le dio la carta, para que se la entregase a usted.

El teléfono sonó y desde el hotel, el policía enviado al Majestic informó al comisario:

—No está, jefe. Su turno no empieza hasta mañana.

—¡Pues vaya a buscarle a su casa! Le quiero aquí ahora mismo, aunque tenga que traerle por las orejas.

—¿Sin orden de detención, comisario?

—¡Maldita sea! ¡Venga por ella y la firmaré!

Randi Bianchi nuevamente intervino, al exponer:

—Le agradezco su interés, comisario. Pero solo quería dejar constancia de que esos hombres me atacaron brutalmente. Ya ve que tienen bien preparada su coartada y no confesarán nada más.

—Perdone, joven; pero, hoy por hoy, usted es como un huésped de honor de Francia. Ha ganado el *Tour* brillantemente y merece todas nuestras atenciones… ¿Conocía usted la letra de la señorita Rossi?

—No, comisario… La verdad es que nunca vi nada escrito por ella.

—Es posible que esa cita que le dio por escrito, también fuese falsa.

—Es posible; inicialmente, ella me prometió esperarme en el hotel Majestic. Me extrañó, pero cuando el recepcionista me dio el sobre con la nota…

—¿Qué decís a esto, pajarracos?

Los cuatro detenidos siguieron en silencio.

Solo media hora después, cuando el policía enviado en busca del portero del hotel entró con un individuo muy asustado, empezaron a perder su flema y a intranquilizarse.

Randi Bianchi reconoció enseguida a aquel hombre, quien antes de ser interrogado por el comisario empezó a excusarse muy histérico:

—¡Fue él! Rene me pagó, para que le entregase la carta al

ciclista... Yo... ¡Yo no quería! De verdad que no quería hacerlo, comisario... Pero me dio una buena propina y me dijo que la señorita Rossi era una de sus admiradoras y que ella... Ella no se atrevía personalmente a... ¿Qué malo había en una cosa así, comisario?

—Que firme su declaración —ordenó el comisario.

—¿Y qué hacemos con estos? —quiso saber uno de los gendarmes uniformados.

—¡También tendrán que firmar las suyas! Ahora, lo que interesa es saber por qué la señorita Rossi no estaba en el hotel.

Con gesto despectivo y amenazador, el llamado René musitó a su acusador:

—¡Chivato!

—Al calabozo con ellos. ¡Tendrán tiempo para pensarlo!

Randi Bianchi miró a los hombres que le habían atacado y no pudo evitar explotar:

—¡Canallas! ¿Qué han hecho con ella?

—Tranquilícese, Bianchi: eso corre de nuestra cuenta.

—Le aseguro que sé quién mueve todo esto.

—Dígalo, por favor.

—¡Eugeni Vitale!

—Vamos, vamos, por favor... No creo que su rivalidad deportiva, llegue al terreno personal.

—Yo si lo creo, comisario. ¡Ese hombre me odia a muerte!

—¿Quiere explicarse, Bianchi? Cuantos más datos tengamos, más pronto se aclarará todo esto. Personalmente no creo que nadie haya raptado a la señorita Rossi y...

—¡Yo sí!

—Pero comprenda una cosa, amigo... No puedo ordenar detener a Eugeni Vitale por lo que usted dice. ¡No tenemos ninguna prueba contra él!

—Para empezar, un careo con esos canallas no estaría mal, comisario.

—¿Y sabe el revuelo que se formaría? El *Tour* acaba de terminar, todo el mundo no habla de otra cosa y... Eugeni Vitale es tan italiano como usted y... No, no, joven... ¡No quiero complicaciones!

—Pero su obligación es encontrar a Maddalena Rossi.

—Todo se andará, joven. ¡Un poco de paciencia!

El abrumado comisario pensó que aquel no era su día de suerte; pero se levantó, ensayó la mejor de sus sonrisas y gentilmente ofreció:

—¿Quiere que le suban un café?

—Gracias, comisario; pero tengo muchas cosas que hacer.

—Lo comprendo, lo comprendo, joven... Entrevistas, reportajes, declaraciones, quizá la televisión... Es usted un gran campeón, amigo. ¿Tiene algún inconveniente en firmarme un autógrafo? Mi hijo se pirra por las bicicletas y le haría mucha ilusión si usted...

Mientras complacía a aquel hombre. Randi Bianchi volvió a recordar el día en el que, muy admirado, en un barco de lujo el capitán le pidió lo mismo al famoso Eugeni Vitale. Por aquellas fechas nadie le conocía a él, aunque interiormente ya soñaba con Maddalena Rossi.

La mujer que ahora había desaparecido en pleno París.

* * *

Sabía que después del triunfo todos los componentes de su equipo estarían reunidos en torno a August Lazzarini. El entrenador les había dicho que el patrón volaría desde Roma aquella misma tarde para felicitarles a todos porque, entre otras cosas, el sagaz señor Sanvenero no perdía la más mínima posibilidad para que sus electrodomésticos y sus bicicletas aprovechasen al máximo la publicidad.

¿Y qué mejor publicidad que haber ganado los de su equipo la Vuelta Ciclista a Francia?

Él tendría que estar allí, con todos ellos.

Incluso soportando la presencia de Eugeni Vitale.

Pero en aquellos momentos a Randi Bianchi le preocupaban otras cosas. Cosas personales, intimas, mucho más importantes para él que toda la celebridad del mundo.

La noche había cerrado y al caminar por las calles de París, pudo ver en todos los quioscos su fotografía, que aparecía en todos los periódicos y revistas de la capital de Francia. En todas ellas sonreía en las primeras páginas, con amplios reportajes y comentarios de lo que había sido aquel *Tour*.

Tuvo la agradable y a la vez extraña sensación de ser el centro

del mundo. Aquellas noticias también les llegarían a sus abuelos y en aquellos instantes le habría gustado mucho poder contemplar sus queridos rostros, llenos de asombro; quizá hasta de perplejidad.

Decidió que debía reunirse con los de su equipo, en el famoso restaurante parisino donde tendría lugar la cena Pero antes penetró en un bar y mediante unos francos, se puso de acuerdo con uno de los camareros.

¡Él también sabría jugar sus cartas!

* * *

—¡Ya era hora, chico!

—¿Dónde te has metido, Randi?

Todo eran felicitaciones, saludos, sonrisas y palmeos en la espalda. Hasta el siempre elegante patrón se acercó a él para estrecharle la mano y prometerle en el desbordado entusiasmo de aquella noche:

—Cuando volvamos a Roma, tú y yo hablaremos largo y tendido sobre tu nuevo contrato, muchacho. ¡Soy muy feliz, Randi!

—Gracias, señor Sanvenero. ¡Hice lo que pude!

Nuevamente los fotógrafos que asistían a la cena se disputaban sus primeros planos, sus sonrisas, todo lo que decía o declaraba tomándolo en sus magnetófonos. Le rodeaban, le acosaban, le preguntaban hasta que August Lazzarini y el mismo patrón, recomendaron:

—¡Basta! ¡Ya está bien, amigos! ¡Todos a la mesa!

Por supuesto, sin poderlo evitar, le cedieron el lugar preferente en la mesa, presidida por él, el señor Sanvenero, el entrenador y el resto del equipo a derecha e izquierda.

Randi Bianchi se esforzaba en cruzar su mirada con la de Eugeni Vitale que, por un motivo u otro, siempre parecía estar entretenido hablando animadamente con los otros.

También se mostraba, al parecer, sonriente y feliz.

Pero de pronto, uno de los camareros se acercó a Eugeni Vitale y se puso a susurrarle algo al oído. El famoso escalador miró fijamente al camarero y pareció preguntarle algo; el empleado le respondió señalándole la puerta del amplio salón, afirmando con la cabeza.

Eugeni Vitale utilizó la servilleta, se levantó y tras pedir excusas a los que se sentaban junto a él siguió los pasos de aquel camarero.

Randi Bianchi también hizo lo mismo y les siguió.

Tras cruzar otro salón donde algunos clientes cenaban, llegaron a la parte trasera del edificio. El camarero volvió sobre sus pasos, pero Eugeni Vitale salió a un oscuro callejón. Miró a derecha e izquierda y al no encontrar a nadie, dio la vuelta para volver a entrar.

Fue cuando se encontró con Randi Bianchi que le había seguido los pasos.

Los dos hombres se miraron fijamente y la voz del joven siciliano anunció:

—No busques a René, porque no vendrá...

—¿Pero entonces...?

—Yo también sé utilizar el dinero, Eugeni.

—¿Qué quieres decir con eso, palurdo?

—Lo sabes muy bien; pagué a un camarero para que telefonease aquí. El recado que te transmitió ese otro fue que un tal René, con pinta de exboxeador, te esperaba en ese callejón.

—¿Es una broma, Randi?

—No... ¡Es algo muy serio!

—Pues tú dirás, hombre.

—¿Dónde está Mad?

—¿Y yo qué sé? Hace tiempo que dejé a esa perdida.

Randi Bianchi se abalanzó con ímpetu sobre su rival, atrapándole por la pechera de la blanca camisa con su mano izquierda. Y en la derecha empuñaba el cuchillo que se había llevado de la mesa del restaurante.

Cuando Eugeni Vitale sintió la punzada sobre el vientre, los ojos muy abiertos indagó:

—¿Estás loco? ¿Qué pretendes?

—¡Matarte!

La punta del cuchillo presionó más, al añadir:

—Sí, Eugeni... ¡Soy capaz de hundírtelo en la barriga si no me dices ahora mismo qué has hecho con Mad!

—¡Ay...! Aparta, por favor... ¿Cómo voy a saber dónde está? Sabes muy bien que Mad y yo discutimos hace tiempo en Roma y... ¡Y no la he vuelto a ver! ¡Palabra!

—¡Mientes! Ese René ha confesado que le contrataste, para que dejase una falsa carta de Mad en el Majestic. En ella me daba una cita en la calle General Leclerc, número 16, último piso.

—No… no sé nada de eso.

—¡Vuelves a mentir! Tú lo planeaste todo. Allí tenían que darme una buena paliza y romperme las piernas.

—Ese René te ha mentido.. ¿Quieres soltarme y apartar ese cuchillo?

—Lo haré si me confiesas la verdad.

—¡Ay! ¡Me estás pinchando!

—¡Y lo hundiré hasta el mango! Esta será tu última noche, Eugeni… Seguiste al camarero cuando te transmitió mi recado, porque en realidad conoces a ese René y temiste que llegase aquí con alguna complicación.

—¡No… no!

—¿Entonces por qué le seguiste?

—Me dijo que alguien quería hablarme y… ¡Ay!

—¡Tú lo has querido, canalla!

—¡Ay! ¡Ay…! ¡No!… ¡No…! ¡Espera!

—¡Habla!

—¡Estoy sangrando!

—¡Y echarás las tripas, cobarde!

—¡Te acusarán de asesinato!

—¡No me importa, si no tengo a Mad!

—¿Tanto la quieres?

—¡Más que a mi vida!

—¡Ay…! ¡No, no, espera!

—¡No aguanto más! Ese René y sus tres amigotes ya están detenidos y allí también lo confesarán todo.

Aquello sí pareció desconcertarle por completo y repitió:

—¿De… detenidos?

—¡Sí! En la comisaría del Distrito XII.

—Suéltame, por favor… ¡Te lo diré todo!

—Pues habla, o no te daré otra oportunidad más.

CAPÍTULO XII

Aquello si fue una noticia sensacionalista.

La prensa estaba encantada con aquel Randi Bianchi, que no solo hacia vender ejemplares como agua, por ser el último y brillante vencedor del *Tour* de Francia, sino que ahora se veía implicado en una turbia y siniestra venganza personal de otro famoso: Eugeni Vitale.

Un ídolo caía, hundiéndose en la vergüenza.

Otro más joven se alzaba, también victorioso en su romántica historia de amor.

Todo aquello parecía un folletín de los pasados tiempos, aunque allí estaban los principales protagonistas con sus declaraciones y pruebas de que era una realidad.

Una historia que, naturalmente, además de dar la vuelta al mundo, al avispado patrocinador del equipo Sanvenero le reportó muy buenas ventas y dividendos.

¡Publicidad gratis a raudales!

Los padres de Maddalena Rossi, aunque a lo primero parecieron escandalizarse, pronto aceptaron complacidos la rentable realidad: sus tres tiendas de antigüedades en Roma se vieron muy frecuentadas por antiguos y nuevos clientes, deseosos de obtener más datos sobre la protagonista femenina de la «novela».

Y, de paso, el señor Rossi les vendía algo.

Maddalena Rossi había sido encontrada en una casucha, en las afueras de Paris, atada y amordazada sobre el suelo de una mugrienta habitación. La vigilaba una mujer de unos cuarenta años ya conocida en los archivos de la policía como Silvie Marsall, aunque también se había hecho tristemente famosa con el apodo de *La Gata*.

En sus declaraciones, la única excusa de Eugeni Vitale también presentaba cierto hálito «romántico» cuando dijo:

—Siempre estuve enamorado de esa mujer… ¡Y me dejó! Se enamoró de Randi Bianchi y eso me volvía loco.

En su orgullo, en su soberbia de triunfador, nunca pudo admitir

que Maddalena Rossi le dejara plantado por un simple y rudo palurdo siciliano.

También salió a relucir cómo habían conocido los dos al montañés siciliano. El menor detalle de aquellas tres vidas que el destino había hecho paralelas, apareció en letra impresa y el rico Sanvenero llegó a prometer:

—Buscaré un buen director y con todo esto rodaremos una bonita película en Civitavechia. Su trama romántica y deportiva interesará a muchos, porque además ha tenido un final feliz.

—Y usted venderá sus electrodomésticos y bicicletas como churros, ¿verdad?

—¡Son los mejores!

—¿Y quiénes serán los protagonistas?

—¡Qué pregunta! Ellos... Tenemos la suerte que, tanto Randi Bianchi como Maddalena Rossi, son jóvenes y dan una excelente imagen.

—¿Y qué me dice del «malo»? ¡Está en la cárcel!

—¡Bah! ¡No me preocupa! ¡Hay muchos que podrán hacer el papel de Eugeni Vitale!

—Bien, señor Sanvenero. ¿Qué título le pondrán?

—Veamos... ¿Qué les parece *Póquer de ases*?

—Hombre... No le veo relación, ¿no?

—Pues la tiene, pero ahora, aclarado todo, mi «póquer de ases» serán Randi Bianchi. Bruno Patrese. Franco Pirone y Anton Mamola.

—¡Es usted un lince, señor Sanvenero!

* * *

En vuelo directo hacia Palermo, una joven pareja de enamorados procuraban pasar desapercibidos.

Ellos no querían la publicidad quizá porque, para que mejor florezca el amor, el hombre y la mujer necesitan estar solos.

Hacían planes.

—Nada más aterrizar en Palermo, alquilamos un coche y nos plantamos en Catania.

—Tenemos que realizar varias compras, mi amor.

—Lo que quieras, Mad.

—Para tus abuelos también.

—¿Sabes lo que le voy a regalar a mi abuelo?

—Ni idea, Randi.

—¡Un buen martillo!

—¿Y eso para qué?

—Cuando se lo entregue le diré: «Bien, abuelo… ¡A ver si ahora también me quieres destrozar las bicicletas!».

—¿Les agradará nuestra visita?

—Les encantará… ¡Y más cuando se enteren de las reformas que pienso hacer en la vieja casa!

—Perdona, cariño, pero… No nos quedaremos a vivir allí, ¿verdad?

—No, Mad… Ahora, ni yo mismo pertenezco a ese ambiente. Solo estaremos una temporada, para descansar.

—¿Y luego?

—¡A correr por esas carreteras! A demostrar, durante algunos años que este palurdo sigue siendo el mejor.

Se miraron a los ojos y juntaron sus manos. El vuelo seguía y contemplaron las nubes blancas que les rodeaban.

Sencillamente, estaban y se sentían en el cielo…

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es
IDEALISMO Y NOBLEZA
pero también
SANGRE Y CORRUPCION
Todo esto lo encontrará en

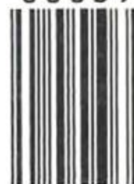
DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5





EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España